

Brecha

AÑO I

ARTES

ABRIL DE 1957

LETRAS

No. 8

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío. — Precio: 1 colón

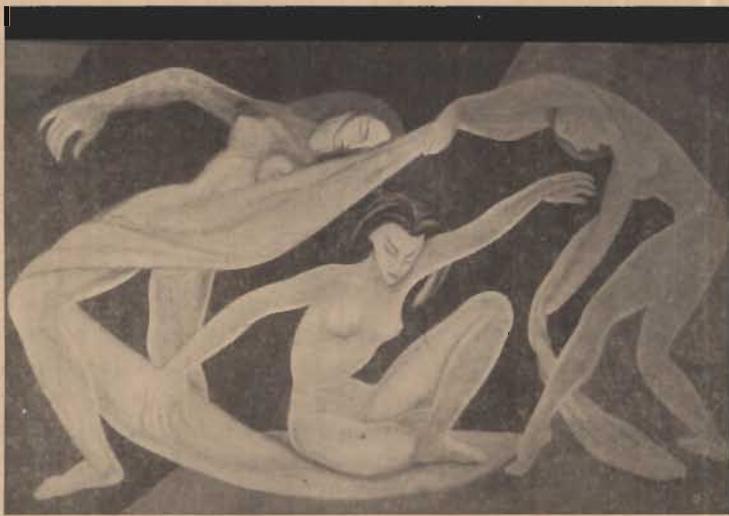
Color e Imaginación en la Pintura de Margarita Bertheau

Es innegable que hay gran delectación espiritual al abordar un tema, en el que su valor intrínseco se entrelaza con la simpatía que nos despierta ver el esfuerzo creador intenso y fecundo de una artista pintora como Margarita Bertheau.

Para llegar a su alma plena y de sugerente creación, es necesario lanzar las flechas de las palabras, desde el certero arco de la imaginación que intuye más allá del lienzo, el papel o el muro en que ha estampado esta mujer sensible, su delicado sello de constructora de gracia y de profundo e imperecedero arte de alta calidad estética.

Las acuarelas de Margarita Bertheau tienen la delicada y sutil transparencia de la danza, los motivos de su pintura los resuelve Margarita dentro de un colorido que asombra por su composición y con un movimiento de danza, armonioso y atrevido: es el aire que dialoga con las flores o se pierde en la quietud de una calle de alguno de nuestros pintorescos pueblos que como el de Escazú o Barba, han desnudado sus íntimos encantos, para darle a la artista todo el esplendor de su colorido y carácter. ¡Y cómo se mueven los frágiles piesecillos del paisaje en el fondo de montañas fijados en el tiempo y en el espacio por su mano! No hay en su pintura un solo rasgo que la re-

Por Arturo Echeverría Loría.



MURALES DE MARGARITA BERTHEAU

baje a la condición de estampa para el turista, sino, al contrario, estas son hondas interpretaciones de nuestro ambiente campesino bañado de claridades tristes, teniendo siempre cerca la presencia

invisible del agua; de la lluvia que florece en las nubes y en el canto de los "yigüirros". Su ambiente pictórico está impregnado del sabor de la tierra, traspasado por las lanzas del "itabo" y los rojos cuchillos del "poró" de nuestras cercas: es nuestro y universal; apenas roza el folklore y recoge su esencia, y en el desarrollo del tema, lo eleva a un plano de valor estético sin fronteras que lo limiten dentro de un realismo pedestre o un abstraccionismo intelectual. Sus acuarelas son simplemente presencias luminosas y transparentes, destellos fugaces de las cosas, el instante en que muere la espuma sobre la playa, en esa hora indecisa del amanecer, o los colores en agonía sobre el torso de las montañas, en una lejanía de copas de árboles que se confunden formando densas estructuras vegetales.

Si las acuarelas de Margarita Bertheau desatan nuestra imaginación y la llevan a una región de claridades y transparencias, esto no nos sucede cuando contemplamos sus óleos; en los que dominan los severos grises, estos mueven nuestro pensamiento a otras regiones. El retrato lo resuelve sobriamente; pinceladas finas y discretas van manchando la tela y la figura produciéndose en colores que dan relieve y carácter al modelo, que se destaca dentro de un marco perfecto en equilibrio

Breves notas a un momento histórico literario

Por S. AGUADO - ANDREUT

La penetración de una *manera* literaria o poética, venida de una comunidad lingüística extranjera, dentro de una nacionalidad determinada, es un ancho campo de experiencias. La Historia de la Literatura Española —también otras historias literarias— brinda una extensa perspectiva de la cual podríamos, posiblemente, deducirse valiosas realizaciones para una teoría general.

Desde los primeros *monumentos-documentos* —al menos los

que nosotros conocemos—, de nuestro quehacer poético y literario, hasta nuestros días, hay un largo camino en el cual las *penetraciones* son muchas: unas triunfantes, otras degolladas antes de madurar. Se anticipa una pregunta: ¿qué condiciones permiten que, unas, se asienten y, otras, no? La pregunta no puede ser contestada inmediatamente: cada penetración reclama estudios particulares, no sólo literarios sino históricos y lingüísti-

cos. Pues cada *manera*, llegada de fuera, conlleva un mundo interior, muy propio, que al enfrentarse con el otro, en el cual trata de entrar, tropieza con tradiciones distintas o estructuras "lingüístico-culturales" opuestas. El modo como las burla —o como no las puede burlar— es el engranaje que nos interesa.

De las muchas penetraciones (ciertas características de la épica francesa, maneras semíticas, poesía provenzal, novela de ca-

ballería, italianismo, neoclasicismo a la francesa, romanticismo, etc.) nos ocuparemos solamente, en estas breves notas, del *italianismo* en España.

II

TANTEOS:

Desde finales del siglo XIV y comienzos del XV, la literatura italiana está llamando a las puertas de la comunidad castellana. Cerradas éstas, dejan, de vez en vez, penetrar algunas señales, que, temblorosas, quedan arrinconadas pronto.

Una tradición —muy entrelazada con otras corrientes— ha conseguido representar el espíritu de sus hablantes. Es difícil trastocarla o superarla. Responde a las condiciones de vida del hombre hispánico, y expresa, en sus amasijos lingüísticos, toda la inquietud poética de cada individuo y, por ello, de toda la comunidad.

Los ensayos o tanteos son balbuceantes: temas, motivos, formas muy cuidadas, etc. Pero, lo italiano, representa una nueva *manera* de hacer, ver, vivir: algo

acentuando su personalidad, revelando su ser interior y no solamente su configuración externa. Hay una luz secreta que le ilumina el rostro; o una extraña sombra que lo cubre; un imperceptible fulgor de llama oculta que se asoma sin quemar: el alma, la desnuda y solitaria, la santa o la demoníaca rectora de nuestro destino.

Desentrañando su mundo pictórico, yendo hasta la raíz más honda, hasta el fondo desnudo de su personalidad, Bertheau nos da lo que pudiéramos llamar su íntima pintura, en otro aspecto de su arte creador, en la que la famosa frase de Rimbaud, "Yo, es otro" se hace color, se hace agua sobre el papel en que su río interior se desborda, o sobre el lienzo en donde van quedando pedazos de su mundo propio. Esta pintura interpretativa de los estados de alma, es intimista, subjetiva y al mismo tiempo simple, aún cuando lo que representa sea una hoguera que le va quemando las entrañas, o el manso fluir del agua, o el viento, o el deseo, que rodea el cuerpo desnudo de una mujer dibujada con místicos contornos café, con una cabellera de fuego des-

atado en un fondo que tiene ojos violentos, amarillos suaves, y se diluye en tenues azules y blancos y responde en su concepción interior de libertad, a esa libertad en que se mueve Margarita y a las diversas situaciones que la han hecho vivir el arte en la pintura y en el ballet y esto le ha dado la gracia sutil de danza a sus pinceles; en el duro vivir cotidiano que lleva a sus cosas de creación "el fantasma" de la angustia asido a su caminar por las veredas de la tierra, o que se hace raíz desprendida que se pierde en el aire. Es esta Margarita Bertheau la que menos se conoce, pero, la consideramos en esta clase de pintura muy valiosa. Cuando ese "yo, es otro" rimbua-no, coge los pinceles y Bertheau vuelca su alma en puras creaciones, de profundos abismos y de místicas cimas, se puede exclamar como Ruben, "de desnuda que está brilla la estrella" y en realidad la estrella que ilumina su yo interior, desnudo, atormentado, angustiado y solo, brilla en el cielo que la pintora nos regala, en el cielo que sus manos nos abren para descubrirnos una nueva luz, la íntima luz que ilumina

los estados angustiosos de su alma.

Extrayendo la savia de las raíces más hondas de la vida, la pintora Bertheau extiende la dimensión de su inteligencia hacia el estudio de la pintura mural y realiza obras de alto valor estético como la que, basada en la vida del Santo de Asís, fué ejecutada en el Colegio de San Francis y los murales que en vía de realización está ejecutando en el convento de los padres franciscanos. Estos y algunos otros trabajos ya terminados, demuestran que la pintora Bertheau se desenvuelve con aptitudes poco comunes en el campo del muralismo pictórico, difícil en su técnica y desarrollo, pero que permite al artista estar par en el muro, temas cuyo contenido está por encima de la pintura de caballete, desbordando los límites del cuadro. Es en esta concepción heroica de la pintura mural, en la que Bertheau y los Amighetti han hecho obra original y primigenia en este país.

Anterior al esfuerzo de estos artistas, Francisco Zúñiga en la iglesia de Santa Teresita, pintó en las paredes interiores de la cúpula, al óleo, escenas religiosas,

pero no con la técnica del mural. Ya estas fueron destruidas. No sabía quien las mandó destruir, que borraba una obra de juventud del que con el tiempo se ha transformado en un gran escultor de fama universal. Así es que en realidad, el muralismo incipiente si se quiere, que poseemos, es obra principalmente de Bertheau y de los Amighetti. ¿Y qué móviles los han llevado a ese campo; una necesidad de expresión más intensa, dentro de límites más amplios, o simplemente una aventura meramente intelectualista? Eso lo dirán las obras que vayan produciendo en nuestro medio artístico. El movimiento pictórico muralista tiene a donde nutrirse; en nuestra tierra y en el alma de nuestro pueblo, hay hondos e inexplorados ríos de corrientes claras que pueden llegar a bañar el territorio emocional de los artistas que como Bertheau, expresan su talento y su técnica con verdadera emoción creadora.

Así es Margarita Bertheau. Es honda pasión que indaga, siempre insatisfecha, siempre con la sed en los labios, buscando el agua y el camino, lo que marcha, no lo que se queda.

que llama y excita. El río de la cultura humanística lleva en sus aguas estas inquietudes que la literatura italiana ha sabido fraguar. Y son esas guas —las humanistas— las que han empezado a regar ciertas huertas de lo hispánico.

Desde Francisco Imperial hasta el Marqués de Santillana, pasando por Juan de Mena, la penetración tantea por cuál ranura del edificio podrá introducirse. Bien contruñidos están los muros y no es fácil abrir paso.

La prueba es el miedo o disculpa con que se trata lo italiano: *sonetos fechos al itálico modo* —dice el Marqués de Santillana. Y los endecasílabos que aparecen en él “Laberinto de la Fortuna”, de Juan de Mena, están más apegados al llamado de *gaita gallega* que al italiano.

Quizá haya una pequeñita razón muy escondida, poco trabajada hasta ahora por los especialistas. En el instante que lo italiano golpea las puertas del edificio hispánico, representa, —lo italiano— una oposición a la Edad Media. Con todo, muy discutible esto último. Pero se toma y extiende como eso: repulsa a la Edad Media. En tanto esto fuere su señal o estandarte no podía acomodarse a una comunidad que no tenía por qué rechazarla. Es decir, no encajaba la nueva *manera*, aparte de otras muchas razones lingüístico-culturales, precisamente por el engarce “literario-humanístico” como oposición o contraste a lo ódado o habido: hubiere sido olvidado o destruido el río secreto que fecunda las condiciones del “*ser español*”.

III

PENETRACION:

En el siglo XVI, la *manera* sigue rondando. Las características que la determinan son muy otras. El signo de hostilidad al *mediocero* está casi oculto. Las formas tradicionales hispánicas ofrecen una repetición constante en su pareja “*dentro-fuera*” El idioma ofrece material para cualquier molde.

La historia anecdótica nos muestra —caso extraño— el instante en que lo italiano penetra: la célebre carta de Boscán. En ella relata su conversación con el humanista y diplomático italiano Andrea Navagiero:

“... me dijo, el Navagiero, por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia; y no me lo dijo así livianamente, mas aun me rogó que lo hiciese... y así comencé a tentar este género de verbo”.

Y empezó a *tentar* nuestro buen Boscán. Difícil debió ser su tarea. Era el primero en *amasar* en forma castellana lo que pertenecía a un “pensamiento idiomático” distinto.

Dura faena someter el acento poético italiano a una estructura fonética distinta; elaborar temas apropiados a un vocabulario y a una sintaxis que no era la suya. Fue Boscán el Prometeo sacrificado.

El *tentar* cumplido, abría la brecha tan esperada. Era su momento y su circunstancia. Sólo faltaba *el poeta*; aquél que mostrar como *natural* el paso: sin esfuerzos, como cosa propia. Pero para ello no sólo era suficiente el transvasar de un “pensamiento idiomático” a otro. Urgía la *poesía*. Y ella no se deja fácilmente prender. *Poeta y poesía* llegaron: Garcilaso de la Vega y su obra. Todas las estructuras poéticas fueron sometidas al *decir de la lengua castellana*: ya no eran ensayos, tanteos...

No se hizo esperar la inmediata *reacción*: Cristóbal de Castillejos, demasiado pegado a la tradición, no sintió la presencia y el cambio. Le pareció que nada nuevo había penetrado: y mostró modelos del *endecasílabo*, desde la más remota antigüedad; temas y motivos greco-latinos... No había sentido la diferencia del *tratamiento* ni comprendido el endecasílabo. Quiso dar pruebas para señalar el “engaño”. Pero sus pruebas adolecen de no serlo: representante de la vieja forma, estaba demasiado dominado por ella. El contagio de Castillejos llegó a otros: actuaron y respondieron como él. Mas, pronto, sus seguidores, en especial Silvestre, cambiaron el rumbo de sus naves y actuaron en el amplio mar de lo italiano. Desde aquí la ruta está trazada. Lo italiano se hispaniza: se hace propio. Busca en los hilvanos del idioma cuanto le puede brindar y, separado de la *imitación*, somete a estructura propia lo que le era ajeno. Ni las nubes, ni los ríos, ni la amada, ni los agrestes lugares son italianos. Las ninfas se bañan en los

ríos de España; los ojos pertenecen a las mujeres de la tierra; las manos —tema tan petrarquista— son manos de amadas de carne y hueso; lo greco-latino adquiere un color especial... Y la palabra, extendida y lenta en el carril del endecasílabo, reproduce, con acento poético propio, el pensamiento propio.

IV

RESULTADOS:

Una vez introducida la *manera* italiana, deambula sola y airosa por los anchos caminos de la poesía española. De la mano con las formas tradicionales, no ha representado un desvío o eliminación de lo anterior. El hacer poético tiene dos ramales por donde verterse desde ahora: *tradición y nueva manera*.

Todo el siglo XVI y el XVII, es maravilloso ejemplo de estos dos caminos reunidos en una sola palabra: fecundidad.

Y aquí viene, ahora, nuestra pregunta inicial: ¿Qué condiciones permiten que unas *maneras* se asienten y otras no? Desde el siglo XVIII (disponemos de excelentes ejemplos), la “no acomodación” es un hecho frecuente. Neoclasicismo, romanticismo

naturalismo, simbolismo, etc. son *maneras no incrustadas*: vivieron temblorosas, como fuera de su lugar. Había penetrado lo “interno” (sólo de una manera provisional separo este término de el de “forma”), lo maduro y tenso de la otra u otras comunidades: representaba un proceso peculiar de la comunidad de donde procedía. La nuestra no respondía en esa unidad *pensar-hablar*: sólo tocaba a una de sus laderas. Sirvió, eso sí, como punto de reacción. Y el hombre hispánico pisó el único pedal que podía poner en marcha su mundo espiritual: su historia y su lengua, sus dolores y sus alegrías —no las ajenas o inventadas, para asemejarse a ellas—, sus esperanzas y su contacto con Europa. De aquí ese nuevo Siglo de Oro, que conocemos con el nombre de *Generación del 98*.

Sólo cuando la penetración conlleva los dos lados de la unidad creativa, “pensamiento idiomático” —“pensar-hablar” como una sola cosa—, es posible actitudes fecundas: ello explica que, mientras lo italiano —en su propio terreno: Italia— se amana y hace estéril, la comunidad de lengua castellana le encuentra nuevos lados y honduras, fértiles hasta lo inesperado.

THOMPSON & CIA. LTDA.

OFRECE EQUIPOS DE LA MEJOR CALIDAD:

- ✓ Maquinaria de Carpintería **DURO**
- ✓ Soldadoras de Arco **HOBART**
- ✓ Herramientas Eléctricas **SKIL**
- ✓ Bombas de Agua **DURO**
- ✓ Compresores de Aire **BRUNNER**
- ✓ Sierra de Cinta **DOALL**
- ✓ Poleas y Muñoneras de todo tamaño

Pregunte a quien tenga una
máquina vendida por nosotros

Teléfonos: 2013 - 6187

Ciencias de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu

Por Alejandro Aguilar Machado

En el siglo XVII comenzaron las ciencias de la naturaleza física a ganar un prestigio que ha continuado aumentando firmemente desde entonces. Muchos hay que han considerado a esa categoría de ciencias como modelo de toda investigación científica. Se supone a menudo que las ciencias sociales deben seguir los mismos procedimientos metódicos que ellas y que la mayor parte de las teorías políticas han de basarse necesariamente en la misma sistematización que ha establecido la causalidad mecánica.

Causa del error que antes apuntamos ha sido la pretensión de querer aplicar a las ciencias histórico-sociales métodos semejantes al usado en las ciencias de la naturaleza. Conviene dejar muy claro que:

“Las ciencias del espíritu se diferencian de las ciencias de la naturaleza, en primer lugar porque éstas tienen como objeto suyo los hechos que se presentan en la conciencia dispersos, procedentes de fuera como fenómenos, mientras que en las ciencias del espíritu se presentan desde dentro, como realidad, y originalmente, como conexión viva. Así resulta que en las ciencias de la naturaleza se nos ofrece la conexión natural sólo a través de conclusiones suplementarias, por medio de un haz de hipótesis. Por el contrario, en las ciencias del espíritu tenemos como base la conexión de la vida anímica como algo originalmente dado. La naturaleza “la explicamos”, la vida anímica “la comprendemos”. Porque en la experiencia interna se nos dan también los procesos de causa-

ción, de los enlaces de las funciones, como miembros especiales de la vida psíquica, en un todo. La conexión vivida es lo primario y lo secundario la distinción de los diversos miembros de la misma. Este hecho condiciona la gran diferencia de los métodos con los cuales estudiamos la vida psíquica, la historia y la sociedad respecto a aquellos otros métodos que acarrearán el conocimiento de la naturaleza”.

(Wilhelm Dilthey, *Psicología y Teoría del Conocimiento*, (México, D. F. Fondo de Cultura Económica, 1945). pp. 227 y 228).

Por razones académicas y para mejor sistematización de nuestro estudio, conviene, antes de seguir adelante, que describamos las características de la naturaleza física y de la naturaleza histórico-social, de manera separada, aunque en la realidad constituyan un solo ente, cuyas relaciones están íntimamente ligadas.

Al irrumpir al cosmos físico el ser humano, ya estaba organizado el conjunto de las energías y formas naturales que constituyen el universo físico. Tal cosmos está condicionado por la ley de la causalidad mecánica, es decir, los hechos que se dan entre esas energías y formas naturales se eslabonan en forma tal que al mismo tiempo son causa y efecto.

Fueron los filósofos y científicos europeos del siglo XVII quienes descubrieron las leyes que regulan las relaciones del mundo físico: Descartes (con su “Curso del Método”), Bacon (con su “Método experimental”). También en esa dirección se siguieron las leyes del mundo sideral:

Galileo, Newton y Kepler formularon sus diversas teorías y principios de la mecánica y gravitación universal, desarrollos y adaptaciones del proceso de causalidad, el cual apoyó como en roca firme, toda la interpretación del fenómeno natural, del mundo externo.

Posteriormente, de esa ley hubo de partirse para enunciar la teoría de la conservación de la energía. La percepción externa, que es el recurso de que se vale el ser humano para abarcar el universo físico y sus leyes, llevó a ese ser a alcanzar conclusiones tan precisas que, estimulado por ellas, transplantó el método del mundo natural al mundo histórico-social. Esta situación se ha mantenido oficialmente hasta fines del siglo XIX. Ya de esta época para acá geniales pensadores que pertenecen a la escuela historicista han comprendido que no se puede abarcar un mundo tan complejo como el histórico-social, que es mundo de *valores y fines* (teleológico) con actitudes equivalentes a las que alcanzaron cabal éxito en el campo físico natural. Aquí, el investigador se complace cuando puede descubrir la generalidad de fenómenos que le permitan sobre tal generalidad, establecer una ley. En el otro campo, en el social e histórico, la generalización vale menos, mucho menos; ahí surgen las creaciones del espíritu en el correspondiente ambiente social como procesos singulares, como verdaderos productos de una individuación. Nadie podría confundir las XII Tablas de la legislación romana con las leyes de Manú, ni tampoco el Quijote de Cervantes con “Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” del ecuatoriano Montalvo. Así, procesos sociales, instituciones, teorías y orga-

nizaciones del Estado, sistemas religiosos, escuelas artísticas, científicas, etc., como creaciones humanas en la tela compleja de la historia; son verdaderos seres, unidades centradas en sí mismo que, para ser justamente apreciadas requieren, no el proceso de la *explicación* de los fenómenos naturales, sino el proceso creador de la *comprensión*, en cuya virtud podemos llegar a la interioridad misma de todos aquellos productos objetivados del espíritu, recreándolos así en el camino de su justa interpretación. Por ello se puede establecer en la trama que el ambiente histórico-social enlaza o mantiene, la interrelación de conciencias, un triángulo en cuyos vértices aparecerían: 1) la vivencia, 2) la expresión y 3) la revivencia o la interpretación (recreación).

En la moderna interpretación del mundo social e histórico, a la percepción externa hay que agregar la percepción interna, comprendiendo como se comprende ahora que el *correlato inevitable del objeto es el propio yo*. La experiencia interna que viene como consecuencia de ello no podría desecharse jamás en los estudios de las Ciencias Sociales, ya que estas ciencias son el resultado de la colaboración humana y del crecimiento mismo del hombre. No son meramente aspectos cuantitativos los que las distinguen de las ciencias físico-naturales. Son fenómenos de carácter cualitativo los que marcan las diferencias en ambas disciplinas: de un lado la causalidad mecánica; del otro, el despuntar de un mundo de valores y fines.

Por ello Dilthey ha dejado establecida esta conclusión:

“La totalidad de los estados y procesos espirituales se distingue y destaca de todo el reino de la naturaleza en virtud de los valores que se desarrollan en el *sentimiento*, en virtudes o en articulación en grandes nexos finales cada uno de los cuales se haya conformado de una manera lógicamente consecuente, y *en virtud de la conciencia de la soberanía de la voluntad*”.

(Wilhelm Dilthey, op cit.)

Ello explica como la psicología, la filología, la historia, la lingüística, la economía, la jurisprudencia, las ciencias del Estado, etc., se van desarrollando de un modo

El Día de la Lengua

Por PROTEO.

En nuestra desgarbada y contradictoria vida de pueblos que todavía gatean buscando acomodo en la civilización, hemos llegado a proclamar como áureas, diferentes fechas, unas con acierto, otras sin por qué ni para qué. Enumeremos una, como acertada: el Día de la Raza, ya que el hispanoamericano, mezcla de español, indio y negro, primero, y de muchas otras razas, después, tiene marcado su origen en el 12 de Octubre, fausta fecha del Descubrimiento.

Nos faltan algunas fechas gloriosas, como la del nacimiento de Bolívar, de San Martín y demás padres de la Independencia. En este respecto, tenemos la contradicción de conmemorar el natalicio de Washington, el de Lincoln, lo cual estaría muy bien si antes nos preocupáramos de lo propio, de nuestra gloria, que nada tiene que envidiar a las mejores glorias ajenas.

Pero, entre todas las fechas que nos falta poner en oro en el calendario, está el Día de la Lengua. Esta maravillosa lengua castellana que circunvaló el planeta con su claridad sonora y su dulzura hiblea y su riqueza ilimitada; esta lengua milagrosa, tan descuidada, que cada día es invadida por términos absurdos, bien de otras lenguas, bien del hampa. No quiere decir esto que nos opongamos a la adopción de palabras cultas venidas de otros

léxicos, siempre que falten en el nuestro.

Pero volvamos al Día de la Lengua:

Estamos en Abril. Y, precisamente, el 23 de Abril de 1616 murió en Madrid Don Miguel de Cervantes Saavedra, justamente llamado Príncipe de los Ingenios. Novelista, poeta, comediógrafo, todo en el más alto grado, su nombre llena de gloria inmarchitable las letras castellanas. Algunos eruditos creen que estudió con los jesuitas de Madrid; otros, que en Salamanca. Sin embargo, es casi seguro que lo hiciera con Juan López de Hoyo, maestro del Estudio de Madrid, quien lo llamaba "nuestro caro y amado discípulo". Pero, por su profundidad humana, por su conocimiento del fondo del alma, que sólo se consigue con la experiencia del trato diario con los hombres, Cervantes es un raro producto de la Universidad de la Vida, o, más bien, de lo que el poeta Barba-Jacob llamada "la Universidad de Media Calle".

A pesar de su selecta y constante producción literaria, ni sus novelas, ni sus comedias, ni sus versos le daban para sostener su hogar. Vivió siempre en la más desolada de las pobrezas. En cierta ocasión volvió los ojos esperanzados a América y pidió un puesto en la Audiencia de Guatemala, que le fue negado. El *Quijote* bien pudo haber visto la

luz en tierras de Centro América. Una vez hizo acopio de trigo y de cebada de propiedad del cabildo de Sevilla sin las debidas formalidades, y fue excomulgado. La quiebra de un banquero en cuyas arcas había depositado cierta cantidad de ducados de la Hacienda, fue causa de que lo encarcelaran durante tres meses. Así padeció privaciones y apuros económicos hasta la propia hora de su muerte.

A pesar de esta vida de cruda miseria, nunca, en ningún momento, olvidó su celeste vocación por las letras. No vivió de ellas, pero sí para ellas. Cayendo aquí, levantando allá, como hace decir a Don Quijote, este genio singular dió aliento a los más altos personajes del ideal. Cortos fueron los cincuentinueve años de vida para tanta aventura, tanta producción sublime y tanta miseria. Apenas se puede creer que alcance semejante gloria en tan pequeño lapso. Soldado valeroso, perdió un brazo en Lepanto, batalla decisiva para la civilización cristiana. Prisionero de un enemigo cruel, anduvo seis años de galeoto. Rehén del infortunio, vivió siempre en las fronteras del hambre. Cautivo de la Gloria, apenas cabe en el espacio infinito de la Inmortalidad.

Hace unos pocos años, algunas academias de la lengua en nuestra América propusieron que en su honor el 23 de Abril fuese de-

clarado Día de la Lengua. La voz se perdió en el vacío. Y nada hubiera sido más justo. Recordarlo cada año, aunque sea cada año, pero para hacerlo valedero en la conservación del idioma al cual dió fuerza y esplendor. Honrar su nombre señalando el deber de los gramáticos y de los escritores para influir con su autoridad en el habla del pueblo, y depurarla con su ejemplo y corrección discretos y oportunos. La lengua es expresión del alma colectiva y bien vale la pena tratarla con respeto y cariño. Si todas nuestras academias tomaran el aniversario de la muerte de Cervantes como el Día de la Lengua para enaltecerla con su recuerdo, muchos atropellos serían evitados y muchos errores podrían ser enmendados.

El neologismo razonable y prudente enriquece el idioma y afirma su vitalidad creadora, escribía hace pocos años un erudito. El barbarismo —agregaba— la enturbia y envilece. Individuos que cuidan su vestimenta física y sus buenas maneras como expresión de cortesía y disciplina social, no tienen el menor inconveniente en usar palabras burdas, tomadas sin necesidad de otras lenguas, creyendo quizás que con ello dan muestra de suprema elegancia en el hablar. Sólo el descuido, hijo de la pereza, o la cursilería, hija de la estupidez, explican la apresurada aceptación de lamentables modas y el abuso lingüístico de importaciones absolutamente innecesarias, así como de rudos barbarismos.

El recuerdo luminoso de Don Miguel de Cervantes Saavedra puede salvarnos de tales torpezas. Urge la tercera salida de Don Quijote, esta vez por todos los campos del mundo, "con la adarga al brazo toda fantasía y la lanza en ristre toda corazón", en defensa del mejor y más sagrado patrimonio que nos legó la Historia. Para esto se impone el Día de la Lengua, y este día debe ser el aniversario de la muerte de Cervantes.

cada vez más penetrante, más claro y más firme, conforme el proceso de la asociación de espíritus a que se refería el sociólogo Simmel, va ensanchando la escala de valores y la prosecución de fines. La circunstancia, de suyo trascendental, de surgir esos valores y fines sólo en el ambiente de el espíritu o en el mundo

histórico-social, es la que nos permite hacer una diferenciación de contenido entre las ciencias sociales y las ciencias físicas.

Con la experiencia interna manejada por la Escuela Historicista y los métodos empíricos, que no son los trascendentales de las diversas religiones, la ciencia ha llegado a establecer los tres rit-

mos que integran la unidad del yo: 1) ritmo contemplativo o cognoscente, 2) ritmo afectivo, y 3) ritmo volitivo.

Nótese que esos tres ritmos ensanchados en la interrelación humana, o amplificados en la tela misma de la historia, van a determinar las tres bases fundamentales sobre las cuales descansa el

desarrollo de la cultura: ciencias, arte y derecho. Claramente se perfila que el ritmo cognoscente produce en el ámbito social, la sistemática científica; el afectivo, las teorías estéticas y las artes correspondientes; y el volitivo, los sistemas de derecho, las teorías económicas y las formas del Estado.

LICO

La maestra de cuarto grado me sentó a la par de Lico, como castigo, una vez que decidió que yo era quien había proferido un ruido extraño e indescriptible en el momento en que ella nos diera la espalda para señalarnos en el mapa el sitio exacto donde quedaba la capital de la República Argentina.

Yo no creo que Lico sepa todavía localizarla en mapa alguno, a no ser como la cuna de algún cantor de tangos que le guste; y en todo caso, de nada le serviría ese conocimiento que aquel día memorable trataron de impartirle, porque Lico descuenta hoy una pena bastante fuerte en San Lucas, crecida posteriormente por reiteradas fugas e intentos de fuga.

En aquel entonces, sin embargo, a pesar de que yo era un alumno que estaba más bien en el bando de los aprovechados, y Lico era el dolor de cabeza no sólo de la maestra, sino que también del director de la escuela y no sería extraño que también del inspector y del ministro, lo cierto es que el presunto castigo que la maestra me impusiera de sentarme junto a Lico, operaba, sin que ella pudiese siquiera sospecharlo, en sentido contrario.

Porque yo me sentí muy honrado de que me sentaran junto al héroe de las mil aventuras, y para Lico tuvo que haber sido muy desagradable sentirse junto a mis zapatos relucientes y mi camisa blanca, y mis cuadernos tan cuidadosamente forrados por mi madre, sobre todo habida cuenta de que yo no tenía la energía suficiente para convertirme en cómplice del escándalo que Lico estaba proyectando en aquel momento con la ayuda de una regla, una caja de lápices de madera en la que había grabado sus iniciales con una cuchilla y relleno con tinta azul las hendeduras resultantes, y unos balines que ha-

bía obtenido en un taller mecánico de las cercanías de su casa.

El mecanismo era complicado, y cuando Lico dió un papirotazo a la regla, la caja cayó estruendosamente sobre su pupitre, y de ella se deslizaron hasta el suelo, uno a uno, la media docena de balines que —tal como Lico lo había previsto— provocaron, al rodar por el aula, una algarabía espantosa entre todos los que (un promedio de 3.50 para cada balín) aspiraron a apoderarse de ellos para los útiles fines consiguientes.

De resultas de todo lo cual, la maestra me ordenó salir de clase. Yo, silenciosamente, obedecí, pues en la posibilidad de no delatar a Lico vi una hermosa ocasión de heroísmo silencioso que a no dudarlo me sería bien remunerada algún día. Y la remuneración fue que, desde aquel momento, conté con la adhesión incondicional de Lico.

Eramos amigos desde tiempo atrás, como terminan por serlo todos los que son vecinos, pero la amistad estaba atada por un lazo colectivo, el mismo que unía a todos los que jugábamos ladrones y serenos, suela y bolas en la esquina de mi casa. Pero a partir del día de mi heroísmo silencioso, el lazo fue bilateral, individualizado, recíproco, mutuo.

Lico vivía lejos, como a quinientas varas del punto de reunión; en las horas de escuela no se destacaba mucho, pero en los atardeceres de la esquina era el campeón auténtico. Campeón de natación, sobre todo, cuando después de clases salíamos con rumbo a los ríos, donde Lico era el más audaz, el que extraía las piedras del fondo, y el que, de paso, nos lanzaba al agua vestidos, sin permitirnos siquiera despojarnos de libros y cuadernos.

En el taller mecánico donde Lico había sacado los balines, había

un hombrón oscuro y fornido que nos tenía ojeriza a todos desde que una vez alguno le había dado un bolazo en un ojo en el momento en que salía de su trabajo. Había amenazado con vengarse, y desde entonces se detenía a la expectativa en nuestra esquina, aguardando el momento oportuno. Aquello era muy incómodo, y desde que Lico anunció que la venganza del hombrón consistiría en arrebatarlos la bola de futbol para dejarla para siempre reposando en un tejado, nuestra inquietud llegó hasta hacernos abandonar todo juego con la bola, a instancias mías pues yo era el dueño, y dedicarnos a otra clase de actividades como la suela —donde cualquier distancia la hacía Lico “en tres”— los ladrones y serenos —donde ay de la cabeza que recibiera las tres palmotadas de rigor de manos de Lico— o los duelos de piratas —donde las varillas de Lico eran una amenaza constante para los ojos de todos.

Lico tenía la ventaja de que su padre era policía, y eso nos garantizaba contra cualquier intervención extraña, porque los demás policías le conocían bien y se abstendían; y si el policía era novato y amenazaba con llevarse a alguno, no era más que hacer que Lico figurara en el grupo de los detenidos, e irse tranquilamente con la novel autoridad, confiados en la veracidad de la promesa que Lico hacía:

—Mi tata arregla eso.

La bola de futbol era muy respetada por Lico, pero había que cuidarse mucho de no llevar en los bolsillos cosas pequeñas, fueran juguetes o cuchillas, o tapas de botella, o postales de caramelo. Porque por esas cosas no guardaba Lico ningún respeto, y en cuanto les echaba el ojo, desaparecían. Y luego prefería comérselas que devolverlas. Yo lo ví

una vez tragarse un soldado de cartón con pié de madera que llevó alguno, y hacernos creer que se lo había comido con todo y madera, cosa que, naturalmente, resultó falsa, lo cual quedó constatado al día siguiente, cuando mi hermanillo encontró el trocito de madera en el caño.

Sí, Lico respetaba mi bola de futbol. Pero el hombrón oscuro y fornido no la respetaría, y de eso estábamos convencidos todos. Mas cuando pasaron tres días y el hombrón se retiró de la esquina, volvimos a tomar confianza, y la bola volvió a circular, esta vez para un juego de caballos y caballeros.

Cuando el juego estaba en lo mejor, apareció el hombrón, y ya fue demasiado tarde para emprender la fuga con la bola, porque la agarró él en el aire y pareció que ya nada se podría hacer, porque ya iba hacia arriba en su mano derecha, en traza de partir pronto con rumbo a alguna altísima canoa. Pero Lico era rapidísimo: corrió desde una distancia como de diez pasos, en posición de cabro al ataque, y antes de que el hombrón pudiera percatarse, le dió en el abdomen con su cabeza pelada a rape cuando no piojosa, con tal fuerza que la bola cayó de la mano de nuestro feroz enemigo. Yo di el mejor salto de mi vida, la rescaté cuando apenas comenzaba a caer, y empecé la fuga hacia el corredor de mi casa, donde luego se me reunió el resto de la huelga, a contemplar cómo el hombrón se iba en derrota y definitivamente, tanto por el cabezazo de Lico, como porque había aparecido en la esquina un policía amigo nuestro, y —sudorosos y jadeantes— comentamos sin terminar la hazaña de Lico hasta las seis y media.

Cerca de nuestra casa había vivido, hasta pocos años antes, un anciano cardíaco llamado don Pedro, que por virtud de su enfermedad, difícilmente se movía de un sillón donde se dedicaba a reparar los viejos libros que le sirvieran de herramientas en su ya abandonada profesión de abogado. Como mi padre era juez, yo tenía acceso a parte de su biblioteca, y a escondidas se le prestaba a don Pedro, que me lo agradecía mucho y me regalaba confites, mielcochas y caramelos con postales. Don Pedro tenía una nieta como de mi edad, a la que yo encontraba bellísima, y de la cual decía siempre, donde no me oyeran, que era mi novia. Pero

Por Alberto F. Cañas.

ya cuando yo estaba en cuarto grado, se me habían olvidado don Pedro, su nieta, y el hermoso tren eléctrico que tenía un nieto mayor que yo, y que la nieta me llevaba en ocasiones a contemplar, de donde se deduce que mi interés en ella no era exactamente platónico.

Instintivamente, yo comprendía que Lico había podido entrar en mi vida, tan sólo porque don Pedro había desaparecido de ella, y del barrio; ni a don Pedro le habría gustado verme amigo de Lico —cosa que no me habría importado—, ni a mí me habría gustado que Lico me viera amigo de un viejo impedido que leía desafortadamente cuando no tenía el aliento casi perdido, como en una ocasión en que le vino el acceso en mi presencia, y le tocó a mis siete años ir a dar la voz de alarma a la hija soltera de don Pedro que le tenía a su cargo.

Muchas veces soñé en lo sucesivo con la expresión desesperada del pobre viejo en los momentos en que tenuemente trataba de indicarme con la mano que pidiera auxilio para él. Y ese sueño se constituyó en la pesadilla recurrente que con más claridad me atacó en aquellos años.

Esa y otra basada en un incidente cuyo protagonista fue Lico. Decidió una tarde, por humorada y sin que ello formara parte de ningún plan colectivo de baño, lanzarse a un río desconocido por cuya orilla andábamos juntos a la búsqueda de olominas. Y cuando quiso salir, se le prensó un pie en el fondo y no pudo hacerlo; apenas acertó a sacar del agua su manecilla oscura. Yo la tomé con las mías y tiré fuertemente, pero en vano; y entonces me convencía de que se había ahogado. Finalmente, él pudo apartar la piedra que lo prensaba, y salió a flote, pero desde entonces yo soñé con su cadáver. Y hubo una espantable ocasión en que soñé simultáneamente con Lico y con don Pedro.

Después Lico desapareció. No supe de él por espacio de tres o cuatro años, hasta una tarde en que pareció que nos estaba esperando al salir del Liceo. Yo venía con Manuel Vargas, que era el último remanente de amistad que me quedaba de la vieja esquina. Y lo primero que nos llamó la atención fue que Lico se había hecho muy grande. Ya le apuntaba un horrible y envidia-

ble bozo, y esto nos hizo caer en la cuenta de que en realidad era algunos años mayor que nosotros.

—¿Qué se han hecho?— fue lo único que preguntó; y echó a andar con nosotros. Preguntaba por todos los del barrio, qué había sido de cada uno, y luego agregó que él ya estaba trabajando, pero no nos quiso decir dónde. Nunca olvidaré los enormes zapatotes colorados que traía Lico esa tarde.

Tomamos esa tarde por calles que no eran las acostumbradas, y al pasar por una casa recién pintada, de altas ventanas, oí una voz con resonancias no del todo desconocidas, que me llamaba:

—¡Juancito, Juancito!

La llamada me disgustó porque aquello de Juancito era vieja cosa familiar que ni Lico ni los otros de la esquina habían conocido nunca, puesto que yo para ellos era un solemne Juan Rafael orgulloso de su nombre. Me resigné en el momento en que vi quién me llamaba, y dí con la sonrisa aventajadísima de don Pedro asomada a la ventana desde su sillón.

Dudé un instante, pero me compadecía ligeramente del viejo, y les dije a los otros:

—¡Espérenme un momento!

Escalé la alta ventana, y por fin me ví en el aposento de don Pedro.

—No sé como te reconocí —me dijo.—

Y luego fijó el tiempo exacto —seis años— que llevaba sin verme. Me preguntó por toda la familia; me dijo que ya yo era un hombrecito y que, si tenía interés, él podría ahora corresponder a los viejos préstamos de libros, con algunos que pudieran interesarme.

Yo le oía sin escucharle, con el deseo de saltar de nuevo la ventana y continuar la recudada conversación con Lico. Finalmente me le escapé diciéndole que un día de éstos volvería, y sin preguntarle por su nieta, cosa que luego se me ocurrió debía haber hecho, por varias razones.

Cuando me descolgué de la ventana, ví que Lico le decía algo a Manuel en el oído; luego señalaba hacia la ventana de don Pedro, y hacía mí, haciendo un ademán terriblemente obscuro.

Y hasta allí llegó mi amistad con don Pedro. Nunca más le volví a poner los pies en su casa.



Librería Antonio Lehmann

Pida nuestras listas y folletos

en su departamento especializado ofrece

Libros de Ciencias, Artes, Novelas,
Religiosos y Música

Historia Natural del Diabolo

Por Francisco AMIGHETTI.

Mientras escuchaba me pareció ver un gato y efectivamente al acercarme comprobé que lo era. Me miraba fijamente mientras yo reflexionaba que nada tenía que hacer un gato en el infierno pues to que los animales no tienen alma. Así se lo hice saber y me sorprendió que al punto entendiera mis palabras porque contestó diciéndome:

—Yo no soy un gato, pero ya que se preocupan tanto de mí, van a ser víctimas de su curiosidad porque voy a contarles mi historia completa y, sin darnos tiempo de decir algo, como sucede con los poetas que llevan versos en todos los bolsillos comenzó:

—Yo era un comerciante de Buenos Aires en la época del Presidente Uruburu, dijo con voz varonil que contrastaba con lo felino del animal en que había sido transformado.

—Yo creía —interumpí— que estas transformaciones ocurrían solamente en los cuentos orientales.

Sin ser erudito dijo el gato: —Conozco las metamorfosis de Ovidio, las de Apuleyo y aún las de Kafka y participaba antes de su misma opinión, sin embargo no soy un animal que conversa en una fábula de Lafontaine, sino un hombre que habla aunque ande vestido consustancialmente de gato. Una alcahueta operó en mí dos metamorfosis; primero me cambió de hombre de trabajo en un embaucador ávido de sensaciones y luego, al querer cobrar-me ella un precio exorbitante por esto, quise escapar y pagué más todavía, porque fuí convertido en lo que ahora soy, por medio de procedimientos mágicos heredados por aquella mujer desde la Edad Media a través de su parentela rumana.

En una ocasión me dirigí a Mar del Plata, salí sin mi esposa, era un viaje de negocios que me tomaría una semana.

Durante los ratos libres iba al mar, hacía muchos años no disfrutaba de tantas horas de soledad buscada, las playas estaban pobladas de bañistas que veía deambular como figuras inexistentes y decorativas. Descubrí el cielo, era el mismo de mi infancia, se me había olvidado completamente y, frente al mar experimenté ansias que creía enteradas con mi adolescencia.

Qué diferente era ahora mi vida al esquema fantástico que me tracé en mis primeros años. Me había encerrado dos décadas en una oscura ferretería de la calle Cangallo, olvidando la belleza de lo desconocido y lejano, sobre todo del mar que tuvo en mis sueños una importancia capital. Estaba casado con una mujer que amaba lo que equivalía a estar casado también con la ferretería. Esta revelación me llegaba ahora de golpe, como si una de aquellas olas, en su algarabía, me lo dijera en blancos caracteres de espuma.

En la playa, me sacaron de mis pensamientos una anciana que tomaba el sol junto a sus tres hijas. No voy a entrar en detalles sobre la manera como fue desarrollándose mi intimidación con ellas en el transcurso de unos pocos días. Mis noches de Mar del Plata pasaron raudas en el apartamento de su hotel, entre canciones, juegos de naipes y el vino espumante que provocaba confidencias. Había leído a Proust recientemente y recordaba que él había compartido mis mismas dudas. Yo estaba "a la sombra de las muchachas en flor", y, a pesar de mi edad madura que debería caracterizarse por las decisiones rápidas, saltaba de las seducciones de una de las hijas a los encantos de las otras dos. Pensaba en el peligro de convertirme en polígamo al tratar de legalizar con sinceridad lo que me estaba pasando. Encontré que

Mariana tenía el pecho hundido en el centro y levantado admirablemente a ambos lados, que la cintura de Eugenia era deliciosamente frágil en contraste con sus poderosas piernas de bailarina de ballet y, que Menecha tenía los ojos verdes y la boca modelada por la sensualidad y el silencio. Tuve la impresión que por primera vez descubría en las mujeres atractivos de tal naturaleza.

Poco después, me sentí raptado por el tren que contra mis deseos me conducía a mi casa. No me interesaba el paisaje, repasaba las fotografías de mis sirenas, encontrando siempre que cada una era mejor que las otras en cualquier orden que las viera y releía la tarjeta de la anciana madre en la que estaba escrito bajo su nombre. Profesora de Ciencias Ocultas. Callao 112. Buenos Aires.

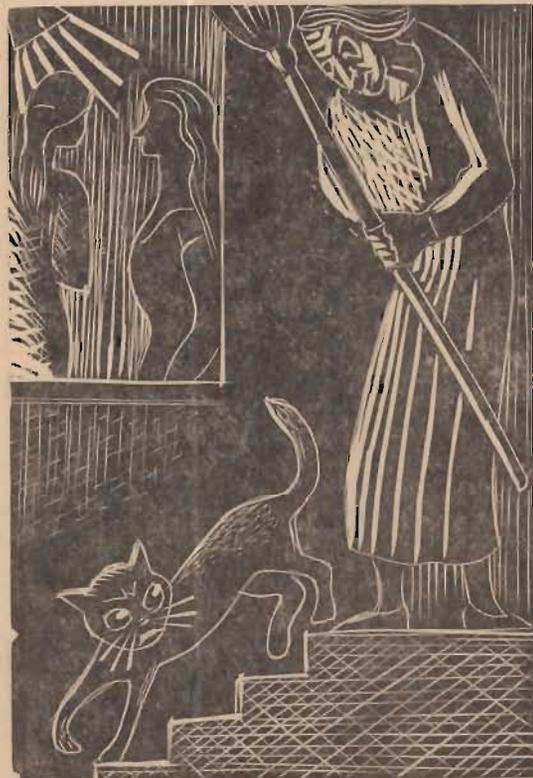
Ellas regresaron casi conmigo. Hallé un gran placer en abandonar mi negocio repleto de herramientas útiles, que antes contem-

plaba con cariño por su valor intrínseco y ahora se me aparecían solamente como símbolos de poder adquisitivo. Lo único vital en aquellos momentos eran los vinos, los collares, los discos de canciones sentimentales y, provisto de estas y de otras cosas, me lanzaba hacia aquel apartamento de la Calle Callao en donde había encontrado un nuevo hogar. Un hogar donde no existían amonestaciones si me ponía a cantar a gritos desentonando, donde no permitían que mi copa de cognac se vaciara nunca y en donde encontraba simpático que caminara tambaleándome. Era recibido como un padre, como un tío rico y por último como un protector a quien nada se le niega.

Todo marchaba de la mejor manera, hacía cheques que firmaba con la pasión que se firma una carta de amor, cuya intensidad emotiva dependía de las sumas que giraba. Mis cerraduras herrumbradas y mi maquinaria agrícola resplandeciente para roturar la gleba de las pampas así me lo permitían.

Mi esposa me encontraba taciturno, comía poco, no me interesaba el cine ni los libros, lo que atribuía ella a mi vida sedentaria, en la ferretería, doblado sobre mi contabilidad, acariciando el acero, dándole a las llantas golpecitos cariñosos, cerrando yo mismo las puertas que rastrillaban en el suelo quejándose.

Clara, así se llamaba mi esposa, me recomendó que volviera a Mar del Plata pero ya no en viaje de negocios. En teoría le



hice caso, pero fui posponiendo el viaje para no alejarme de la calle número 112 de Callao. Allí veía salir a Mariana y a Eugenia con jóvenes engominados y atléticos que hacían chistes que a mí me parecían del todo imbéciles, aunque despertaran la hilaridad de las muchachas. Pero me quedaba Menecha, la belleza ignorada, la obra de arte que yo, como buen connoisseur, había descubierto, percibiendo en ella, inéditos tesoros que saboreaba ante la mirada de su madre que me sonreía con benevolencia.

Creo que les estoy cansando con todas estas cosas que sólo me interesan a mí.

No, siga Ud. le dije, tengo curiosidad por saber cómo sucedió la tragedia.

Todo iba muy bien como pueden ver Uds., pero a la anciana bondadosa se le ocurrió matar a la gallina de los huevos de oro, que en aquel caso era yo. Querían irse todas a visitar Europa, para lo cual me pedía una suma de dinero que bastaba para darle la vuelta al mundo. Argumenté con la vieja no en términos de economía sino sentimentales, "la separación aunque corta era para mí, igual a la muerte". Ella aceptó mi futuro dolor como muy probable y sustituyó su viaje al viejo continente por una "casita en el Tigre" que valía exactamente lo mismo y no tenía los inconvenientes de la ausencia.

Aquella noche, sentí que la conversación era muy seria, era posible que las puertas que encerraban a Menecha se cerraran ante mí para siempre.

Esa noche, la anciana bondadosa se transfiguró, ya no ví a la madre de las bellas hijas sino a la terrible profesora de ciencias ocultas, lanzando fuego por los ojos, levantando la voz y, amenazándome con cosas horribles que escondía detrás de sus palabras. Decidido al fin a defender a mi ferretería y a mi esposa no cedí ante nada. La vieja entonces pareció calmarse y me habló sombríamente sobre cosas anodinas, entre estas, si era aficionado a los gatos. Le contesté que sí, el gato es mi animal predilecto le dije, tuve uno que murió, mi esposa lo sintió muchísimo, me acompañaba en silencio mientras hojeaba los libros, tenía los ojos verdes como los de su hija Menecha. Encuentro muy natural que los egipcios lo adoraran, está dotado de tanta elegancia y misterio, parece que todo lo sa-

ben, aunque posiblemente nada sepan.

—No le gustaría a Ud. averiguar este misterio? —me dijo la vieja.—

Por supuesto, le contesté, de ser esto posible. Pase entonces, me dijo la anciana aún más sombría, aquí en mi estudio encontrará Ud. verdaderas revelaciones sobre esto, y me condujo a una puerta por donde nunca había penetrado y de donde salió hecho lo que soy ahora. Ella guardada de una escoba me despedía diciéndome que debido a la amistad que nos unía me había transformado en mi animal predilecto, y que mi esposa estaría contentísima de tener un gato. Después de aquellas palabras y despedido a escobazos, descendí por las gradas estrenando mi nueva velocidad, ya que en mi condición de entonces me era imposible usar el ascensor.

La calle me sobrecogió, no era fácil para mí que nunca había sido gato, adaptarme de un momento a otro a mi estado actual. El camino de mi casa me tomó cuatro largas horas.

Nota que Uds. se sonríen con mi tragedia, exclamó el gato en un paréntesis fulminante.

Iba pensando que hubiera sido preferible regresar de asesino o de ladrón, con una pierna menos o una pierna más, pero llegar a mi casa de animal, eso además de ser pavoroso era al mismo tiempo incomprensible. Supe que no había perdido la voz y hablaba, pero revelar mi identidad con aquella mi única manera de probarla hubiera sido monstruoso.

Al pasar por un mercado, mi tristeza no me impidió abalanzarme instintivamente sobre unos restos de pescado. Sentí vergüenza de haberlo hecho, yo era un gato con todos los escrúpulos de una persona bien educada.

Cuando llegué a mi hogar, permanecí en la parte del jardín por donde se entra a la cocina. Fue un trabajo cuidadoso y lento hacerme notar y ser admitido. No quería hablar de ninguna manera y mi cocinera naturalmente ignoraba que volvía de gato. Me trató con cariño y me habló como a un niño o a un animalito inofensivo y hambriento y yo, que seguía siendo un hombre "camuflado" para mi desgracia, sufrí la peor de las humillaciones con aquel trato que no me impedía comprender toda su bondad.

Apenas pude me deslicé en el

interior, quiero decir a mis habitaciones, supe que amaba también mi casa como gato y como ser humano.

Aquella era la primera vez que veía a mi esposa desde mi reciente metamorfosis, salía ella del baño y se ponía a hojear una revista de modas cerca de la ventana.

Al notar mi presencia me colocó en sus rodillas y me acarició diciéndome al mismo tiempo una serie de palabras cariñosas que nunca le había oído. Estuve a punto de hablar.

Días después me enteré de mi desaparición y de los esfuerzos inútiles de la policía por encontrarme, luego supe también de mi muerte. Con las semanas la tristeza fue desapareciendo del rostro de mi querida esposa y fui conociendo a sus pretendientes, todos amigos míos, algunos me acariciaban.

Si yo fuera Ulises pensaba, como acabaría en unos instantes con todos ellos, o si yo fuera simplemente yo, desaparecerían enseguida con sólo mi presencia.

Quise abandonar la casa, pero una dolorosa curiosidad me retenía en los momentos imposibles, me tendía en el jardín a la sombra de aquel rosal que yo mismo había plantado o, subía por la escalerita de bambú al tejado a mirar la tarde descender tíbiamente en grises sonrosados.

Mi esposa casó con un abogado, el mío, ahora tenía un nuevo arno, aunque no por mucho tiempo porque salieron en un largo viaje por Europa, mi sueño dorado. Fue en el otoño de 1932. Permanecí solo rodeado de mis recuerdos.

Los inquilinos de mi casa, mis nuevos amos eran un matrimonio inglés con tres hijos. Todos ellos amaban los animales y nunca fui más mimado.

Los niños hablaban conmigo y pasaban sus manecitas rosadas sobre mis enhiestos bigotes de mariscal de la guerra de 1914.

Me había acostumbrado a soportar con paciencia que me trataran como gato y el contribuir a la felicidad de los niños particularmente, me proporcionó momentos de alegría inolvidables, tuve la sensación de que iba a aceptar gustosamente mi destino. Tenían una fotografía mía cerca del espejo y no les digo el nombre con que me bautizaron para no verlos sonreír nuevamente.

Es una calumnia decir que las inglesas son feas, pasé muchas ho-

ras a los pies de la madre de los niños, mirándola pasar las páginas de sus novelas policíacas y estaba presente cuando se vestía para asistir a las recepciones.

Aquello que empezó como felicidad fue transformándose en desventura, yo era un hombre condenado a ser gato y ese suplicio prolongado me llevaba a la desesperación.

Esto se agravó cuando los niños y la institutriz amanecieron un día aterrorizados por haber escuchado durante la noche la voz de un hombre que hablaba incoherentemente de Menecha, la bruja, la esposa y los gatos. La institutriz abandonó la casa inmediatamente y los niños se pasaron a dormir con sus padres.

Dejé de comer, quise también dejar de dormir para no soñar en voz alta y, cuando dormía era en los lugares más inaccesibles y absurdos. Me lancé por los tejados y me volví amigo del claro de luna, dedicándome a dialogar conmigo mismo. Si al menos fuera yo realmente un gato, comprendería lo cósmico de los tejados reluciendo en la noche y podría entrar en contacto con mis semejantes, pero los gatos que encontraba huían de mí. Mi soledad se acrecentaba en aquel mundo cerca del cielo en donde con mis patas vadeaba una inmensidad triste de plata nocturna. Una extraña locura, la de aquella soledad a la que otras se agregaban me hizo abandonar para siempre mi casa en donde había terminado viviendo en el techo.

Deambulé por la ciudad esquelético y hambriento, buscando la muerte, única manera de desembarazarme de mi trágico disfraz de gato, buscaba la muerte para encontrarme a mí mismo, yo era un gato suicida que quería matar al hombre que llevaba dentro.

Una noche un desconocido elegante que salía de una boite vestido de negro, al verme, se acercó a mí y me habló, no como la cocinera de mi casa o los niños del matrimonio inglés, sino como se le habla a una persona y aún más, llamándome por mi nombre con toda cortesía. Se inclinó, pasó su mano de terciopelo por mi esqueleto —que eso era yo entonces—, e hizo saltar con su caricia una descarga eléctrica que calentó mis huesos arteridos.

Aquel señor era el diablo y gracias a él estoy aquí, fue la única muerte que fui capaz de conseguir.

Las Tijeras de Don Joaquín

Por CARLOS SALAZAR HERRERA

“¿Por qué se le atribuye tanto mérito a García Monge, si su labor de publicista, —a excepción de algunas colaboraciones que le envían—, se reduce a insertar recortes?”

Esta y otras frases parecidas hemos escuchado por acá.

Parece que algún espíritu guasón dijo cierta vez que “a don Joaquín debería erigírsele una estatua con unas tijeras en la mano”.

El Maestro cuenta esta chanza —engendada quizá por una enemistad política— y, riendo con su franco y agradable buen humor agrega: “Tiene gracia la ocurrencia”.

Así es don Joaquín.

Pues bien. Precisamente el mayor de sus aciertos, la más meritoria de su labor, el más digno de encomio de sus propósitos culturales, consiste en la elección de los artículos que don Joaquín recorta con sus preciosas tijeras. Con sus tijeras de acero que también son de oro.

¿Qué hace don Joaquín?

Leer y leer en centenares de publicaciones, elegir y compilar, recoger, recortar y de nuevo, en su Repertorio Americano, tomar a servir el sustancioso y nutritivo manjar que constituye la reunión de las más selectas ideas y páginas literarias que han brotado en la mente de los pensadores y los poetas.

Pero para recortar con esa tijera, las benditas tijeras de don Joaquín, y no hacer una publicación de recortes que constituya un buen negocio de mercader publicista, sino algo como una “Confederación de ideas”, es preciso ser como don Joaquín. Es decir, no ser superficial sino hondo. Honesto y no calculador. Nunca servil y siempre altivo. Visionario más no iluso. Jamás plebeyo, sino invariablemente noble en la indestructible aristocracia del espíritu y de la cultura.

Se necesita, además, saber vivir materialmente pobre, con una lujosa riqueza de dignidad.

García Monge vive con una gran alegría por el hombre libre y con una tristeza por el hombre oprimido. Con un gran amor al amor y en consecuencia con un gran amor al profundo sentido de aquellas tres santas palabras que fueron tres antorchas encendidas durante la Revolución Francesa: “Libertad, Igualdad y Fraternidad”. Tres palabras como tres santos refugios cuyas puertas mantienen cerradas los tiranos y los avarientos, para que nadie pase por sus umbrales. Tres bellísimos proceptos que tantos y tantos han hechado en olvido. Tres fuentes claras cuyas aguas tantos millones de hombres no han bebido jamás. Tres sentencias que en la conciencia y la voluntad del género humano deberían constituir una especie de triunvirato que gobernase al mundo.

Gracias a los recortes de don Joaquín, vueltos a dar a la publicidad en Repertorio Americano, —ya que es imposible obtener y leer los mejores artículos que aparecen en diferentes publicaciones,— hemos ido conociendo poco a poco y durante treinta y pico de años el pensamiento de los más esclarecidos hombres de América y del mundo.

Séame permitido citar una serie de nombres que ahora acuden a mi memoria. Bolívar, San Martín, Morelos, O’Higgins y Artigas. Martí, Montalvo y Rodó. Palma, Palacios, Bello, Hostos, Sarmiento, Lincoln y Whitman. Gabriela y Juana. Tolstoi y Dostohievsky. Lugones, Masferrer y Darío. Unamuno y Ortega y Gaset.

Gracias a las magníficas tijeras de don Joaquín y de la valiosa colaboración, —jamás cobrada que le envían— hemos leído con alguna frecuencia a Alfonso Reyes, a Luis Alberto Sánchez, a Rómulo Gallegos a Andrés Eloy Blanco, a Pedro Enrique Ureña, a Pablo Neruda, a Germán Arciniegas y a García Calderón. A Alberto Masferrer, a Arévalo Martínez y a Silva Herzog.

En las páginas de Repertorio Americano hallamos la pluma de Marianello, de Eugenio Dors, de Haya de la Torre, de Vasconcelos, de Blanco Fambona y de Rafael Heliodoro Valle.

Encontramos a Magón, Aquileo, Fernández Guardia, Carmen Lyra, Erenes Mesén y Omar Dengo, por citar sólo seis que fueron y son ilustres en esta tierra de don Joaquín...

Y tantos y tantos otros, cuyos nombres no agregó porque ahora escapan a mi memoria, y no busco porque ya esta nomenclatura se está haciendo algo extensa.

“Noble Pastor”, lo llamó León Felipe.

Veamos someramente algo del pensamiento de don Joaquín, desprendido de la elección de los artículos que recorta con sus admirables tijeras.

Los pueblos —se desprende de ellos— deben estar estrechamente unidos por la cultura y así defender sus riquezas naturales y hacerlas propias.

Debemos defender y valorizar nuestro idioma, nuestras letras y nuestras artes. Debemos defender nuestros ideales, nuestra fé religiosa y nuestra historia. Debemos defender la tierra en que nacimos y los hombres que la trabajan.

Debemos luchar por la unión fraternal de las repúblicas americanas y por su total independencia económica. Debemos luchar contra las dictaduras, los monopolios y la explotación inicua.

Debemos luchar contra el imperialismo, de donde quiera que venga.

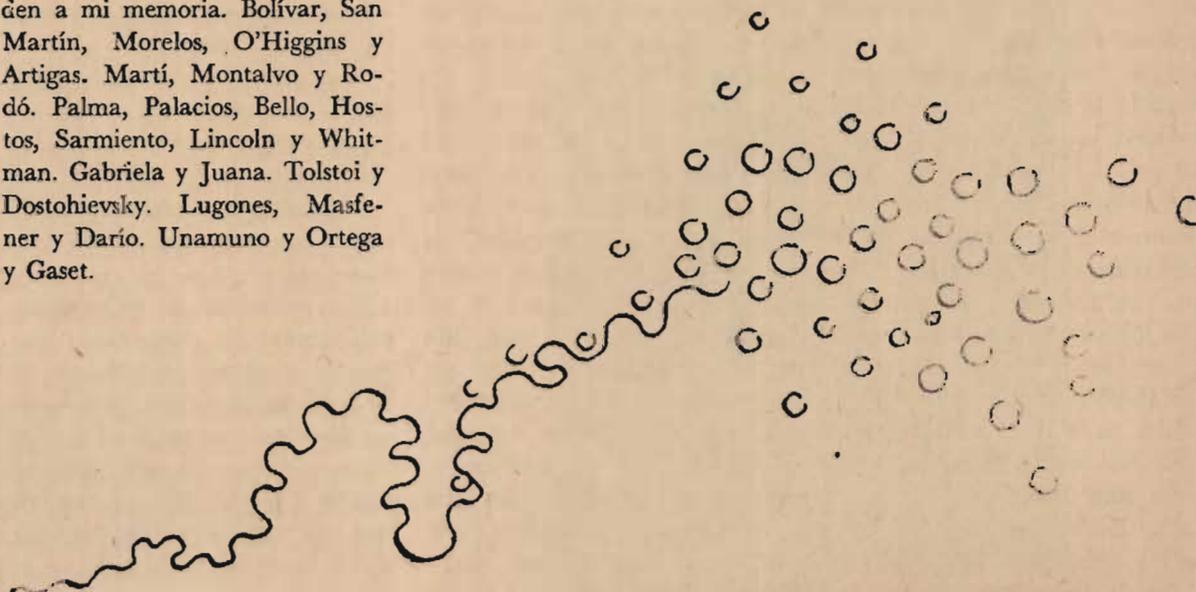
Debemos luchar por la justicia social y por nuestra autonomía.

Finalmente, con Libertad, Igualdad y Fraternidad, lograr una razonable y afortunada confederación de raza ibero-americana.

Todas estas ideas han ido dejando en nuestro espíritu, los artículos que recortan, de centenares de publicaciones, las admirables tijeras de don Joaquín.

“Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera” dijo Bolívar y lo repite el Maestro.

Sí. Quizás tengan razón. A don Joaquín García Monge, el día en que se le haga Benemérito de la Patria, ha de erigírsele un bronce —monumento en donde me lo imagino sentado en su mesa circular, en cuyo tablero, lleno de papeles y de libros, ocupan el centro unas excelentes tijeras—, porque nadie ha sabido usar este sencillo instrumento de un modo “tan panamericano” y noble, como nuestro don Joaquín.



gabriela mistral y su muerte

una entrevista con palma guillén

Por Alfredo CARDONA PEÑA.

He conversado con la señora Palma Guillén de Nicolau d'Oliver en su casa de la Colonia Condessa, de la ciudad de México, a los 21 días del fallecimiento de Gabriela Mistral, de quien ella fue secretaria y amiga inseparable durante 30 años.

Palma Guillén, mujer excepcional, profesora y diplomática de altos méritos, tuvo la amabilidad de mostrarme la última carta que recibió de Gabriela, sin fecha, pero conjeturablemente escrita el 12 de noviembre de 1956, dos días antes de que le sobreviniera la hemorragia que reveló a los médicos la existencia de un cáncer en el páncreas.

Escrita a lápiz, con trazo débil y tembloroso, dice la escritora en uno de sus párrafos: "Deseo salir hacia el clima de las mujeres locas, que son felices con su clima; veremos si me dejan llegar al Sol. Los médicos son celosos, parece". Y más adelante: "Pretendo, repito, dejar la cama y echarme al Sol, que es mi marido... él también". Y me aclara Palma Guillén: "Esas mujeres locas son aquéllas que ella presenta en algunos de sus poemas (la "desarraigada", la "extranjera", etc.) Y cuando me dice refiriéndose al sol que "él también" es su marido, no hace sino recordarme sus declaraciones de amor al mar, porque ella insistía en que su único esposo era el mar".

Fue impresionante para mí contemplar aquel documento —quizá el último— escrito por su mano cuando ya se encontraba próxima a morir.

Acerca de los últimos años de la maestra, me dijo la señora Guillén de Nicolau:

—Gabriela se fue de México

en 1950 para Rapallo (ciudad de la provincia italiana de Génova) como cónsul de su país. En Rapallo conoció a una familia de origen chilenoitaliano, de apellido Pédola, que la atendió y obsequió. Después pasó a Nápoles, donde yo me encontraba en la Embajada de México.

—¿Cuándo la vió usted por última vez?

—El 5 de enero de 1953. Era un día triste y frío. Lloviznaba. Me fui a despedir como a las 10 de la mañana. Gabriela no se había levantado, pues se sentía mal: "Palmillina —me dijo— me muero de frío, es mi enfermedad". Y me mostró sus manos amoratadas, yertas. Yo la consolé lo mejor que pude, diciéndole que en el barco (pues se iba en esos días a Nueva York) se sentiría mejor, y que en los Estados Unidos encontraría casas con aire acondicionado. Además, se le había asignado una acompañante.

—¿Ella nunca viajaba sola?

—Nunca. Gabriela era como una niña a la que había que atender a cada momento. Se le olvidaba todo, y era un problema hacerla comer a sus horas. Sobre todo, había que atender su correspondencia. Escribía muchas, muchísimas cartas a sus amigos en el mundo, acusando recibos de libros, dando informes que se le solicitaban, etc. No registraba, ponía fechas ni direcciones. "Póngame estas cartas en el correo, por favor"... y había que encontrar las direcciones, los nombres completos... usted se imagina.

—Una vez en Nueva York, ¿siguió usted recibiendo cartas suyas?

—Sí. Desde Nueva York me

escribía. Era para mí como una hermana muy querida, como una persona de mi familia. Pero en 1956 dejó de escribirme con asiduidad.

—Ya se sentía mal, sin duda.

—Esa era la causa: su enfermedad.

—¿Y quién la atendía en los Estados Unidos?

—Doris Dana y Margaret Bates, profesora ésta última de Literatura Española en la Universidad Católica de Washington. Yo les escribía a ellas constantemente pidiéndoles noticias, y las respuestas no eran felices: se encontraba mala, muy mala.

—¿Cuándo empezó la investigación médica?

—El 28 de octubre de 1956 la llevaron por primera vez a una clínica, porque no comía absolutamente nada. Las eminencias médicas rindieron su dictamen: arteriosclerosis y diabetes. Entre ellas el doctor Vogel. Ninguno supo adivinar el terrible mal (el cáncer) sino hasta los últimos días. Gabriela entonces, me escribió diciéndome: "Me van a llevar a un hospital, y yo le tengo horror a los hospitales. Todo porque no como..."

—¿No se daba cuenta de su gravedad?

—No, y además se le hacía cuesta arriba que la internaran por haber perdido el apetito, ya que ella siempre fue muy caprichosa para comer. Le encantaban las frutas, eso sí, y una vez la vi comer hasta cinco mangos de Manila. Pero platos compuestos, carnes, no eran de su agrado. Un poco de caldo, algo de pescado... nada más. Naturalmente, ella se asombraba de que la llevaran a una clínica por el sólo hecho de no

comer. Y costó trabajo que aceptara su ingreso en el hospital.

—¿Cómo lo lograron?

—Doris Dana me escribió rogándome que la convenciera de esa necesidad, yo la animé, y entre todas logramos que aceptara. Entonces la tuvieron en el Flowers Hospital, y de ahí pasó al Roslyn Arbor, en los alrededores de Nueva York, un pueblecito precioso lleno de árboles.

—¿Se repuso entonces?

—Nada de eso. Los hispanoamericanos que la visitaban salían espantados de verla: Gabriela Mistral era una ruina física.

—¿Y cuándo vino a conocerse la existencia del cáncer?

—A mediados de noviembre, días antes de que me escribiera la última carta, se le reventó una vena en el estómago y le vino una hemorragia tremenda por la boca, tan abundante que quedó muerta. Esa hemorragia fue la revelación del cáncer en el páncreas.

—¿Y cómo pudo resistir?

—Con transfusiones y sueros rante tres semanas en el hospital Hempstead, en donde estuvo hasta los primeros días de diciembre. Salió de nuevo del hospital y recibí una carta que en cierto modo era un consuelo: "Mala, pero con vida". Me tranquilicé, pero llegó la Navidad y una carta de Margaret: "Gabriela está grave. Sólo un milagro la puede salvar". ¡Cosa rara! No comprendí que habían llegado sus últimos días. Escribí en seguida, preguntando por su salud.

—¿Cuándo ingresó de nuevo al hospital?

—El 28 de diciembre, al mismo Hempstead Hospital. Le hicieron otra transfusión y la encontraron tan grave que ya no le permitieron salir. ¿Se acuerda usted lo que dijo la prensa? Gabriela llegó al establecimiento por sus propios pies, no aceptó una camilla ni una silla de ruedas, le tenía horror a esas cosas. El día 3 de enero cayó en estado de coma, otra hemorragia mientras escuchaba una selección de música judía. Los periódicos dieron la noticia hasta el día 5. Entonces me habló por teléfono la esposa del doctor Ignacio Chávez. "¿Qué has pensado hacer?" "Me voy a ir", fue mi contestación. "El lunes te mando el pasaje, no te preocupes", agregó ella. Era domingo... el lunes me presenté en la Secretaría de Re-

Recado a los jóvenes universitarios de Filosofía y Letras

Por C. L. S.

Todavía las mañanas con sol de los domingos juntan a viejos y a niños en la paz grata de nuestro Jardín Central, para el disfrute de unas horas blandas, de charlas memoriosas y de juegos y risas pajareros.

Desde la sombra de la tradicional glorieta, pesada de ramos rojos y fresquísima, como el interior de un verde aljibe aéreo, nuestros ojos se fueron esta mañana tras la silueta de una joven madre que en vano procuraba mantener en orden a sus cinco floridos pajaritos. Ella, agitada y sonriente, empeñada en meterlos al cobijo de una sombra; ellos, caprichosos, que retozaban sobre la hierba fina de los arriates y que corrían como cabritos sueltos y que se fueron a trepar, tronco arriba, en la magnolia frondosa y brillante...

El árbol cargado de niños nos trajo el recuerdo del Poeta: en la banca al pie, acogido a su

sombra, en las mañanas de sol, las más del año, —y durante años— allí se sentaba el Poeta a divagar; allí tenía convivio con el amigo que la casualidad le deparraba; allí, como un viejo sileno melancólico, celebraba para sí el triunfo de las paganas ninfas que vestidas de colegialas pasaban a su lado, ¡ay!, sin mirarlo ya.

Rostro y manos del Poeta nos parecieron siempre de color de ceniza volcánica: ¡había amado tanto! En toda su pequeña figura —no mínima por cierto— el atildamiento voluntario y meticoloso: desde el finísimo chambergo hasta la luciente caña de Indias que le servía de bastón; la corbata, impecable, de tonos grises, con una firme nota de algún color gayo; el chaleco romántico.

Vivía por entonces, calle de por medio, al costado sur de la Capilla del Seminario. La sala

de la casa era a la vez biblioteca y librería. Delante de un pupitre alto, hecho adrede para alcanzar a su mesa solo puesto de pie, escribía, en finísimo papel, con la pluma mojada invariablemente en tinta color de violetas; escribía sus poemas preciosistas y copiaba, meticulosamente, las exquisitas selecciones para su revista ARIEL.

Si lo acompañábamos al caer la tarde, dejaba que la sombra fuera invadiendo la sala hasta que en ella se borrarán cosas y personas. Y era entonces cuando sus infaltables leyendas de amor y de muerte, como las de un Marqués de Bradomín, adquirirían su mayor hechizo mágico, dichas por una voz pausada y cálida, que al no verse que hablaba, parecía surgir de las arcanidades de un pretérito endiablado y galante.

Vivía sin más compañía hu-

mana que una misteriosa niña —su sobrina, nos dijeron— cuya silueta, una vez que otra, vimos pasar por el fondo de la sala, como una sombra por el silencio de un espejo. Su compañero de clausura era un pájaro; un cacique rojo, rojo, con rojez de hierro en fragua ardiente, restada por la aristocracia de unas orlas de negrura de tinta. La jaula del cacique permanecía con las puertas sin cerrar. El pájaro solía salir de ella y revoloteaba por la sala, como una silenciosa llama del bosque; si el poeta lo llamaba, haciendo ruido de cábala con sus dedos, el ave obedecía el conjuro del Maestro y llegaba a posarse brevemente en sus regazos o en sus hombros y parecía decirle cosas de misterio o de belleza agreste...

Hemos vuelto a mirar la magnífica magnolia del Jardín Central: ¿El bellissimo árbol, recordará al poeta que venía a soñar bajo su sombra?

Vivos estos recuerdos en nuestra alma nos ilusionamos con la respuesta sensible de nuestra juventud y escribimos este recado para los estudiantes de Filosofía y Letras de nuestra Universidad: ¿por qué no dedicarle al Poeta este árbol? En ceremonia sencilla de noble fraternidad centroamericana, podrían nuestros jóvenes universitarios, en concurso con nuestros escritores, reunirse una mañana de sol a la sombra de la magnolia y colocar en su tronco una plaquita de bronce con esta leyenda: MAGNOLIA FRAYLAN TURCIOS, y recordar al Poeta en una fraternal plática que podría dedicarle alguno de los que fueron sus amigos, por ejemplo, don Moisés Vincenzi.

laciones Exteriores, hablé con José Gorostiza y en media hora tenía el pasaporte en mis manos. Llegué a casa y encontré a mi marido enfermo. Entonces decidí hablar por teléfono a Nueva York, para ver si efectivamente era necesario mi viaje. Me contestó Margaret: "Ya no conoce a nadie. Gabriela ya no es de este mundo, ya todo terminó. Le hemos leído los Salmos de David, que ella pidió para el instante supremo". ¿Qué podía hacer? Ya no había remedio.

—Estuvimos una semana esperando su muerte. La agonía fue

impresionante por su duración.

—Es verdad. Mujer fuerte al fin, no se dobló con facilidad. El deceso, como usted sabe, ocurrió en la madrugada del 10 de enero, pero en México se dió la noticia hasta en las horas de la tarde. Yo ya lo sabía...

—¿Quién se la comunicó?

—Me habló por teléfono una amiga nuestra, desde Pachuca; ella había captado la noticia oyendo una estación de radio norteamericana. Y antes de mediodía recibí dos cables luctuosos: uno de Ester de Cáceres, del Uru-

guay, y otro de Marta Salotti, de Buenos Aires.

Calló Palma Guillén y me dispuse a salir.

—Tengo para usted — me dije entonces— una carta de Gabriela, desde hace tiempo... se la voy a traer.

Y me la entregó. Esta es la cuarta y última carta que recibo de Gabriela Mistral y corresponde al año 1950, cuando pasó una temporada en Jalapa. En sus primeros párrafos dice así: "Caro amigo Cardona Peña: Leído y celebrado lo suyo sobre nues-

tro Pablo Neruda. Cuando puedo llégo a leerle, porque a esta casa tapada de árboles no suele llegar el periódico. Parece que me voy a Veracruz. Ya le diré la dirección. Y me suscribiré al diario para estar un poco cerca de usted..."

¿Cuántas cartas escribió? Muchísimas. No hubo, casi, escritor que no recibiera noticias de su mano. Esa labor —la recolección de sus cartas— formará con el tiempo un libro único y útil, porque mostrará una de las actividades más generosas y personales de la maestra de América.

Copán, la Alejandría del Mundo Maya

Por SYLVANUS G. MORLEY

La segunda metrópoli más grande de la mitad sur de la península era Copán, el centro científico del Viejo Imperio. Esta ciudad se compone de un grupo principal y unos dieciséis subgrupos exteriores dependientes de aquél, uno de los cuales se halla a once kilómetros de distancia del centro ceremonial. El grupo principal o Estructura Principal, como se le ha llamado, ocupa alrededor de 30 hectáreas y se compone de la Acrópolis y cinco plazas anexas. La Acrópolis es un complejo arquitectónico de pirámides, terrazas y templos que, en virtud de constantes adiciones, llegó a formar una gran masa de mampostería que ocupa cerca de 5 hectáreas de terreno y mide 38 metros de alto en su punto más elevado. Entre otros edificios sostiene los tres templos más hermosos de la ciudad: el Templo 26, inaugurado en el año 756 al terminarse la Escalera Jeroglífica que presenta la inscripción más larga de la escritura jeroglífica maya; el Templo II, erigido en memoria de un importante descubrimiento astronómico hecho en Copán en conexión con los eclipses, nada menos que la determinación de la duración exacta de los intervalos entre ellos, y el Templo 22 dedicado en 771 al planeta Venus.

En la estructura principal existen no menos de cinco patios o plazas: 1º La Plaza Principal, que es un gran estadio de 75 metros cuadrados. Tres de sus lados están rodeados por filas de asientos de piedra; el cuarto está abierto y ocupado solamente por una pirámide de sacrificios que ocupa el centro del mismo; en ella

se encuentran nueve magníficos monolitos esculpidos y varios altares ricamente labrados; 2º. La Plaza del Medio; 3º, el Patio de la Escalera Jeroglífica, que tiene unos 95 metros de largo por 38 de ancho y en uno de cuyos extremos, inmediatamente detrás de la Estela M y su altar, se levanta la soberbia Escalera Jeroglífica, de 10 metros de ancho, compuesta de 62 escalones, cuyas caras están esculpidas con unos 1500 o 2000 jeroglíficos individuales, formando la inscripción más larga de todo el territorio maya. En medio de cada docena de escalones se encuentra una estatua antropomorfa: de tamaño heroico, magníficamente vestida. Esta escalera esculpida, monumental, que conduce al Templo 26 es una de las construcciones más asombrosas de toda la región que ocuparon los mayas; 4º y 5º, las Plazas Oriental y Occidental de la propia Acrópolis, al nivel general del suelo. La primera tiene en su costado occidental la hermosa Escalera de Jaguares, en cuyos flancos se ven las figuras heroicas de jaguares rampantes, con cuerpos incrustados originalmente con discos de obsidiana negra brillante simulando la piel manchada del animal. La Plaza Occidental tiene la hermosa Plataforma de Revista, la Estela P, último monolito del Período Antiguo y varios hermosos altares.

Uno de los rasgos arqueológicos más interesantes de Copán es el Corte de la Acrópolis expuesto a la vista por el Río de Copán. En cierta época, después de haber sido abandonada la ciudad en el siglo IX, el río cambió

de curso y corriendo por la base de la Acrópolis, cortó una gran parte, exponiendo a la vista una cara vertical de 35 metros de alto en el punto más elevado y de cerca de 300 metros de largo en la base, el corte arqueológico más grande del mundo, en el cual pueden distinguirse claramente los niveles de los pisos de una plaza más antigua y de desagües enterrados.

La Institución Carnegie de Washington ha estado haciendo excavaciones y reparaciones en Copán, desde el año 1935, en cooperación con el Gobierno de Honduras. Se cambió el curso del Río de Copán, haciéndolo volver a su cauce primitivo con lo cual la Acrópolis ya no está amenazada de destrucción. Se ha

reparado y erigido de nuevo más de una docena de monolitos caídos y rotos, mejorando notablemente la apariencia de ese grupo de ruinas; se han excavado y reparado los Templos 11, 21, 22, 26 y el Juego de Pelota; y se han abierto varios túneles hacia el interior de la Acrópolis con el objeto de ver si contenía construcciones más antiguas que hubieran quedado enterradas.

Uno de los descubrimientos más extraordinarios en Copán fue el de dos pequeños fragmentos de oro, los pies de una figurilla hueca, encontrados en los cimientos de la Estela H inaugurada en 782. Estas son las dos únicas piezas de oro o de cualquier otro metal, que se han encontrado en una ciudad del Viejo Imperio.

En Copán la escultura llegó a un altísimo grado de perfección, superado únicamente por el arte de las tres grandes ciudades del Valle de Usumacinta: Palenque, Piedras Negras y Yaxchilán, que serán descritas más adelante. Hay indicios, además, de que fue el centro de sabiduría más eminente del Viejo Imperio, especialmente en el campo de la astronomía, las fórmulas de los astrónomos-sacerdotes, para la determinación de la duración real del año solar y de los períodos de eclipses, fueron más exactas que las de cualquier otra ciudad del Viejo Imperio; en una palabra, Copán por sus notables progresos en astronomía, merece llamarse la Alejandría del Nuevo Mundo.

LA SEGURIDAD SOCIAL

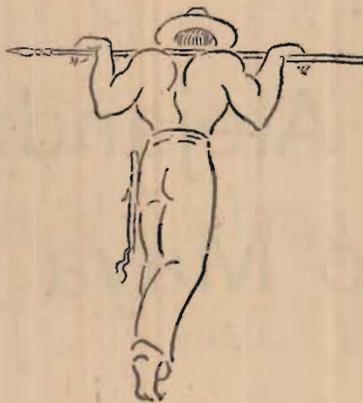
ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

Sonetos Descalzos...

Por Mario PICADO UMAÑA



La Poesía Ete

El camino es un brazo de aventura
donde empieza la sangre en su constancia
a ser huella tal vez o sitio o ansia
del viajero sin hoy y mano oscura.

Es el rostro de un sol y de una pura
necesidad igual desde la infancia,
es sudor, corazón, alcohol y rancia
soledad de un destino que perdura

a través de un cañal y de una espuela,
de un reflejo a barrial en filo oriundo
—se aporca la ilusión y no hay escuela

al horizonte río de ese mundo... —
Y se llega hasta el campo y se nos cuela
una angustia de todo vagabundo.

Hay tierra de secreto conocida
y siluetas cansadas de amapola.
Un galope sencillo de venida
da tiempo a la manada que ande sola.

Estrujado de sed, silencioso y vida
relincha la colina impulsos de ola.
—Un cedro a la oropéndola que anida
ve colgar en su brazo otra bandola.

Humo lejos, tejado, caserío...
viento barro de soles sin alero,
breba tibia de bueyes por el río

con la sombra coyunda del vaquero
y el portillo cerrado del "Burío"
deja libre la cerca del potrero.

Un platanal de luna desgajado
y jáquimas de alambre en los potreros.
Un sabor a distancia no podado
en veranos y trocha de jilgueros.

Timones de carretas que han dejado
su brújula sin ruta de senderos
y anohecen guitarras su costado
donde ruedan canciones los boyeros.

Una espuela de luz prenden los grillos
a la espalda del río y los cañales
cuando unen sus labios los portillos

reflejando dos sombras casi iguales,
y un anhelo de asfalto hay en los trillos
mientras sueñan caminos nocturnales.

Un grito de almácigo muy tierno
entre esteras y tablas y estornudos.
Realidad de ferrones así crudos
y goteras de pan desde lo eterno.

Un paréntesis hay en cada cuerno
de los bueyes secretos y desnudos
donde arrancan pedazos de felpudos
a la entrada oscura del invierno.

Paja, barro, carretas y la tarde.
en su angosta cintura de cuchillo
envaina su crepúsculo que arde

entre lomos de potro y "cordoncillo"
que contempla el boyero en duro alarde,
mientras rompe la noche algún chiquillo...

Una plaza, una iglesia y tres cantinas
—Unas horas de pueblo a la semana—
Por los ríos que sudan las colinas
hay quietud, y se oye la campana

envolviendo del valle sus esquinas
La gente se sucede en caravana
y las brisas paleadas hoy son finas
orillas que circundan la mañana.

Mientras rezan algunos su esperanza
de humedad hecha barro entre la teja,
doble copa de ron la mano alcanza

enyugando lo inútil de la queja
y en ancas de la noche que se amansa
va el recuerdo soñando en lo que deja.

A
C

A vos, co
en la cruz
que para re
y por no co

A vos, oij
de tanta sa
que para p
y por no co

A vos, cl
a vos, cabe
a vos, sang

a vos, co
a vos, clav
con ligadur

CIEGOS...

Por Teresa MASIS ROJAS

"Pido que se aparten las estrellas para poder ver Tu rostro.

¡Oh Dios!
Pasea tus pies amados
¡sobre mi muerta faz!"

.....
EL CANTO SOLEMNE

Jorge de Lima.



Ojos de cal
y de simiente inválida,
con la tersura de velocidad tangible.

Llave rota
en mano destrenzada,
circunstanciando su salida franca.

Vivero
corolario de los sueños,
sin tiempo rubricado por atardeceres.

Eludido sepulcro, donde nunca,
las estrellas
sacuden claridades.

Alma de ave silenciosa,
submarina realidad plenilunia
de la cactéacea adulta,

bajando
con ansiedad de reflector hundido
entre sus árboles de llanto seco.

.....
¿Dónde imprimir
el vértigo sediento,
la inmensidad de los retiros sordos?

¿Dónde poblar
las redes sumergidas
sin romper su lámpara votiva?

II

Era la oscuridad —cuando la luz nació—
independiente y majestuosa;
rimaba las corrientes tributarias
con el dedo posesivo de Dios.

La OBSCURIDAD es un misterio.
Sus luces:
los sentidos del hombre caudillo.

Yo me siento en el brocal de su infinito
y bebo la incertidumbre
en ojos de girasol.

.....
¡Oh mundo de océanos intactos,
VERBO prodigioso
del hombre desnudo!

III

Con tres dimensiones
el astro converge
a la forma.

Mudando su vértice,
construye la noche
y llena los ojos del hombre.

En VOCES del verbo,
el VERBO se forma
en verbo de LUZ.

Y el gran universo surte
su viaje azul...

IV

Luz,
floración de su VERBO primigenio.

Vida,
forma,
canto,
en la deseosa escultura
de los siglos.

Hacia tí, desbocados,
serenamos
la inmensidad de nuestra tiniebla.

Luz, arrodillados,
somos tus propias flores
y posponemos el ingenio del hombre
colgando mil lámparas de noche.

Luz,
de frente,
con armas ordenadas
desde la visión de los insectos
por la letanía de todas las formas,
¡ROGAMOS!

Pero tu palabra
rige estática
y bajo el sol —sepultada—
está la caravana ciega.

V

Hermano,
hermano ciego,
sin cristales en tu ruta.

Desde siempre, di
tu irrupción de viento
en el suceso de la esperanza,
y rompe en tu fuente
el guión de las edades
por la naturaleza.

Habla
como las flores
y numera
tu reloj de sensaciones.

Los colores te doy
para que despiertes el día en el IRIS,
y de tus horas muertas
bajes eternidad
a mi mano colmada.

sús
ificado...

Por MANUEL DE NOBREGA
religioso portugués - Siglo XVII.

, brazos sagrados,
descubiertos,
áis abiertos
táis clavados.

eclipsados,
rimas cubiertos,
estáis despiertos
estáis cerrados.

s para no huirme;
r llamarme;
por ungirme;

rto, quiero unirme;
s, quiero atarme
table y firme.

ón de Juan Ml. García Tejada
Colombiano 1774 - 1845

Pensando en nuestra Poesía

Por Luis FERRERO ACOSTA.

Los Poetas son los legisladores no reconocidos del mundo.

Percy B. Schelley.

Empezaremos por un punto escabroso y éste es el de la pregunta si tiene Costa Rica literatura típica, dinámica y característica. El problema fue planteado una vez y surgieron voces discordantes. Algunos escépticos la niegan enfáticamente; sin duda proceden así por equivocación de enfoque en el deslinde de los problemas estéticos, y, al sobrevenir la reacción, otros pretenden darle mayor importancia de la que en realidad tiene. Para analizar estas proposiciones tendríamos que terciar en la controversia del problema de las Literaturas Nacionales, pero esta no es la oportunidad para deslindar ambas tesis y encontrar el medio justo, porque nos obligaría a ahondar aspectos interesantes cuya iluminación exige detalles exhaustivos.

Sostenemos la tesis—¡claro está!— de que Costa Rica tiene su literatura y que es digna del estudio amoroso y sin opinión falsa. Ni éstos ni aquéllos tienen toda razón; no es tan paupérrima ni es tan rica y variada. De los escritores actuales depende su vida o muerte. La jerarquía y limpieza son necesarias: oportuno es el recuerdo de unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, las cuales nos vienen como el anillo al dedo: "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensables. Hay que dejar en la sombra a los mediocres. La historia de la literatura americana debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales". Pero como la Literatura Costarricense está aún en formación, ninguno que quiera historiarla puede limitarse a cuatro o cinco escritores: es preciso que se ocupe también de escritores de menor valía, ajustándose a lo in-

tenso de la calidad de las obras.

Declarada ya nuestra opinión con respecto a la existencia de la literatura costarricense, puede aducirse que Costa Rica tiene poetas, pero que aún no han sido lo suficientemente divulgados para que puedan recibir los honores que merecen. El negarlos sí es un pecado de ignorancia. Existen buenos poetas, lo reiteramos, que trabajan por la nobleza del alma a la cual todo hombre aspira y un manifestarse de esta nobleza es la poesía que escriben.

Al pensar en nuestra poesía creemos que bien vale la pena hacer hincapié en que para estudiar la Cultura en Costa Rica se necesita investigadores porque este campo permanece todavía incólume a pesar de los pocos estudios realizados.

También se hace necesario insistir que Costa Rica necesita una fuerte dosis de reconocimiento de sus propios méritos: que no descuide lo suyo por "novelerías", las más perjudiciales a su idiosincrasia, ya que no debemos cansarnos de pregonar la vuelta a lo realmente nuestro porque nos estamos desarraigando. Pero que ello no implique encerrarse en una torre de marfil, sino la defensa de los valores autóctonos y que, a la vez Costa Rica abra la mente y el espíritu a lo universal, y que sepa asimilar experiencias; es decir, transculturizar, tal como escribiría Fernando Ortíz.

Si hemos anotado lo anterior, es porque la poesía costarricense sufre desplantes noveleros que han perjudicado su afianzamiento estético y por mucho de esa novelaría se la ha dejado de leer. Pero también sabemos de sobra que lo más valioso de ella es conoci-

do y saboreado por algunos cuantos, pero la mayoría ignora esa producción y no por falta de sensibilidad o de apreciación estética, sino por prejuicios formados en las aulas por la mayoría de los maestros o porque muchos profesores la consideran, casi siempre, inferior a la escrita en el extranjero.

Hemos anotado ese espíritu pasivo, porque debemos aconsejar el imbuirnos de un espíritu de mayor confianza en nosotros mismos. Todavía estamos a tiempo para luchar contra esa pasividad. Y en cuanto a ese pasivismo es muy cierto que los costarricenses descuidamos lo que Unamuno llamó en cierta oportunidad "el pedestal". Toda esa actitud pasiva que comentamos, y cuya existencia nos ha salido al pensar en la poesía costarricense, quizá se deba en parte al descuido de nuestro crédito en el extranjero. Olvidamos que Costa Rica tiene ya lo suyo que velar y valorizar, para que sepa realmente lo que es, porque de no hacerlo, olvidaría que cultura significa precisamente cultivo. Y esto es lo que nos hace mucho falta a todos.

Respecto a los estudios de nuestra literatura es dable consignar que entre nosotros, poco a poco han empezado las investigaciones con pudor y honestidad. Actualmente se sustenta la idea de la revalorización y de la investigación consciente y ya se empiezan a ver los frutos; el primero de estos frutos es la "Cifra Antológica del Lic. Fabio Baudrit G.", publicada por la Editorial Universitaria. Pero todavía parece que no le ha llegado el turno al estudio exhaustivo de la poesía y

que, si bien se conocen los libros, todavía no se han realizado las investigaciones estilísticas concienzudas determinantes de los valores encerrados en ella. ¿Faltará mucho para que la poesía tenga el estudio serio que la escrute? Sabemos que el Académico de la Lengua, Prof. don Abelardo Bonilla, tiene en preparación una historia de la literatura costarricense que editará la Universidad de Costa Rica muy en breve. Esperamos este estudio, que sin duda dará muchas sorpresas.

Al leer los poemarios publicados por los poetas costarricenses, se nota sobre todo un matizar de notas: las hay románticas, estridentes, paisajes agradables, aññadas, evocaciones hogareñas y alguna que otra nota mística. En conjunto la poesía costarricense no es una poesía deslumbradora, pero sí armoniosa y no le falta la dulce voz femenina.

Referente a esto de que no es dadivosamente deslumbrante, mucho de ello se debe a que la poesía costarricense ha venido desarrollándose al amparo de las poéticas europeas y aún americanas, y aunque parece estar llamada a hacer desaparecer el lastre para la consecución de sus propias formas estilísticas con las cuales podrá entregar libremente su espíritu. Pero todavía no lo ha logrado y apenas hay balbuceos; debemos anotar que sí posee cierta nota distintiva, pero todavía no se podría decir que del todo es una poesía absolutamente original. ¡Ojalá muy pronto pudiera pregonarse por los ámbitos americanos su originalidad estética y emotiva! Ya hemos dicho que se encuentran en ella ecos—algunos muy fuertes—, de poéticas europeas y americanas y no es raro toparse a menudo con la influencia de poetas franceses como Rimbaud, Verlaine, Jammes, Péguy; de poetas alemanes como Rilke, George, Hofmannsthal; de poetas españoles como Góngora, Quevedo, García Lorca, Alberti, Machado, Juan Ramón; de poetas americanos como Martí, Darío, Lugones, Herrera y Reissig, Neruda, Vallejo, Withman, etc.

Con muchos altibajos, la poesía costarricense ha venido desenvolviéndose, a ratos alicaída por el empleo excesivo de formas caducas y empalagadoras, a ratos los poetas parecieran re-

husar la escritura poética, pero con todo y esos escrúpulos hay una minoría que acumula obras y va cumpliendo su destino artístico. Y así, recientemente, arribó a la adolescencia. Su niñez nos dejó algunas cuantas flores cuyo aroma todavía nos llega y que quizás se prolongue una buena temporada, (eso depende del desenvolvimiento del gusto literario en los años por venir).

Dijimos que acaba de llegar a la adolescencia y es que hemos recordado el ideal renacentista de la existencia humana, formulado por Gracián, quien dice que la niñez comienza en la primavera con "tiernos flores en esperanzas frágiles". Hasta ahora la poesía costarricense ha estado en su niñez y sólo nos ofrece "tiernas flores en esperanzas frágiles". No obstante su juventud, podemos sentirnos satisfechos de que nos dejara algunos poetas, —como por ejemplo, entre los fallecidos— a Justo A. Facio, Aquileo J. Echeverría, Roberto Brenes Mesén, Lisímaco Chavarría, José María Zeledón, Rafael Estrada, Max Jiménez Huete, Adilio Gutiérrez, y Ricardo Segura.

Debemos sentirnos orgullosos de que a pesar de la juventud en que se encuentra nuestra poética, algunas voces contemporáneas no pasan desapercibidas por la crítica hispanoamericana; poetas de la valía de Alfredo Cardona Peña, Carlos Luis Sáenz, Ninfa Santos, Alfonso Ulloa, Julián Marchena, José B. Acuña, Rafael Cardona, Arturo Montero Vega, Fernando Luján, Arturo Echeverría Loría, Fernando Centeno Güell, Arturo Agüero, Joaquín Gutiérrez Mangel, Francisco Amighetti y algunos otros más, son nombres familiares en muchos países de la América de habla española. Y esto segundo no podríamos pasarlo inadvertido porque nuestros poetas no cuentan con editoriales poderosas, ni con organismos publicitarios bien ramificados en todo el continente. Aquí nos cabe muy bien preguntar cuál ha sido la influencia de las revistas en el desenvolvimiento de nuestra poesía. Los poetas de los primeros veinte años de este siglo sí las tuvieron y encontraron en ellas un verdadero ambiente coordinado con las labores del Ateneo de Costa Rica que tan gallardamente capitaneaba don Justo A. Facio. De esa época es la revista "Páginas Ilustradas" en la que los poetas como los ensayistas, cuentistas y otros intelectuales,

encontraron el vehículo apropiado para divulgar sus obras. Durante años de benéfica labor, el Ateneo aglutinó muchas fuerzas e hizo nacer algunas publicaciones como "Athenea" dirigida por el poeta Rogelio Sotela. Pero con la desaparición del mencionado Ateneo de Costa Rica hubo un quebranto en la cultura nacional y desde entonces no se ha organizado una institución similar que llene el vacío.

Años más tarde, y ya bastante próximos, desde 1935 a 1943, (en dos épocas), la revista "Ariel" dirigida por el escritor hondureño Froilán Turcios, contribuyó poco al cultivo de la poesía, pues ésta fue una revista, —según su director— "de rigurosa selección". La actitud contraria la encontramos en el "Repertorio Americano", de don Joaquín García Monge, que más bien ha sido generosamente acogedora, no sólo para los nuevos poetas, sino para todos, y que casi sólo se ha limitado a descubrir y divulgar, más que a orientar. Y, en el presente momento tenemos la aventura editorial de la revista "Brecha", que ha brindado su cálido apoyo a los poetas costarricenses. Sin embargo, todavía es muy prematuro hablar de la labor de este mensuario, porque no sabremos hasta dónde calará hondo su influencia e ignoramos hasta cuándo la inercia tradicional del costarricense la dejará subsistir. Igualmente podemos decir que las revistas "Costa Rica de Ayer y Hoy", y "Orbe", han abierto ocasionalmente sus páginas a la poesía. De la prensa diaria casi no podríamos anotar gran cosa, porque parece que en la actualidad no le interesa la publicación de poemas.

Así, sin editoriales y con poca acogida de parte de los periódicos, nuestros poetas van triunfando, y triunfan porque la poesía costarricense ya va adquiriendo los rasgos tónicos peculiares que la diferencian de otras poéticas, y la sola presencia de este signo es para que estemos optimistas de su futuro.

Sin embargo, al meditar sobre su porvenir tenemos que sincerarnos para reconocer que por la falta de ciertas disciplinas, las discrepancias culturales y movimientos desviados (que aunque no son privativos de únicamente los poetas jóvenes), el movimiento poético contemporáneo se resiente bastante por el tiempo lastimosamente perdido en polémicas

que degeneran en bizantinismos estériles cuando ese tiempo debiera ser utilizado para la creación. Los novísimos carecen de sentimiento gregario: parece que olvidan que la unión de sus esfuerzos les traería la multivocidad. (La guerra literaria es antigua y sin pedantería erudita se puede citar, para robustecer eso, la expresión de Horacio quien se vió obligado a escribir: "genus irritabile vatum"). Ciertamente es también que esas disputas por cuestiones de técnicas o de vanidad, a veces suelen ser estimulantes. ¡Esperamos que entre nosotros lo sean!

También hay que anotar la prisa que tienen los jóvenes poetas por publicar prematuramente. Aun sin dominar el instrumento (lenguaje y técnica) se dan frenéticos a crear, poniendo su confianza en la llamada inspiración. ¡Qué gran error! Pero dentro de todas estas fuerzas negativas, la poesía costarricense continúa su marcha y va cumpliendo su misión artística.

Al detenernos momentáneamente en el presente, es porque pensamos la necesidad de recordar a los jóvenes lo expuesto casi al principio de estas páginas: recordarles aquello que de los escritores actuales depende la vida o la muerte de la literatura costarricense.

Insistiendo en estos pensamientos van otros apuntes: en cierta oportunidad y refiriéndose al artista, el pensador José Ortega y Gasset estampó lo siguiente:

"Ojos, oídos, tacto, son las haciendas del espíritu; el poeta muy especialmente, tiene que empezar por una amplia cultura de los sentidos". Recordaremos también las palabras de Baudelaire: "la inspiración consiste en trabajar todos los días". Una última llamada de atención: "Tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella un sólo pie", dijo Goethe. Si hemos reunido estos tres pensamientos es porque constituyen un programa que especialmente los novísimos poetas están obligados a meditar y practicar. ¡Ojalá lo hagan!, porque de hacerlo el futuro de nuestra poesía será halagüeño y entonces los poetas del mañana seguramente darían sorpresas no sólo en lo morfogenético, sino en la órbita de la pureza estética y emotiva. Entonces tal vez cabría la dureza contra la falta de originalidad.

Para terminar diremos que mucho de todo lo anotado sonará extrañamente utópico, pero la interrogación acerca del futuro de la poesía costarricense no puede ser contestada, a no ser que nos convirtiéramos en augures, lo que dista muchísimo de nosotros. Pero al pensar en nuestra poética si nos ha dado ocasión de auscultar el presente, y realizado esto, (más que una respuesta), hemos obtenido augurios atractivos que es deseable no naufraguen porque de sobrevivir entonces, —eso creemos— nuestra poesía dará muchas sorpresas.

UNGUENTO

ZEPOL

Contra:

- RESFRIADOS
- DOLORES
- CATARROS
- PICADURAS DE INSECTOS
- QUEMADURAS DE SOL

¡de acción permanente en la piel!
¡No se disipa!

Un producto de:
LABORATORIOS ZEPOL



LUZ EN EL PRISMA

El Pensamiento de Arturo Schopenhauer

Por el Prof. Francisco Hernández Urbina

De tiempo en tiempo y como mala hierba se ve, en las manos de la adolescencia y la juventud, un libro curiosamente peligroso: "El Amor, las Mujeres y la Muerte", del filósofo pesimista alemán, Arturo Schopenhauer.

Es un libro curioso, por su estilo admirable y por su originalidad, cualidades que demuestran que su autor fue un maravilloso escritor. Pero es también un libro peligroso, porque dada su naturaleza atrabiliaria y desolada, es capaz de mal aconsejar a grupos sociales desorientados, a individuos ingenuamente románticos y a sociedades decadentes.

No es éste, claro está, el libro que define totalmente a Schopenhauer: es apenas un pequeño vástago que librerías piratas han desglesado, por haberlo sobrestimado, de su obra capital denominada "El mundo como voluntad y Representación", monumental condensación de nadaísmo y desabrimiento.

¿De dónde extraería Schopenhauer las desviadas consideraciones que lo colocan como el primer oscurantista de la humanidad? ¿Qué fuerzas influirían en su vida, hasta transformar sus pensamientos en una densa, negra y borrascosa noche de iniquidades? En el notable ensayo biográfico escrito por Schwegler consta, que las crecientes diferencias entre Schopenhauer y su madre —la conocida escritora pietista Juana Schopenhauer—, diferencias que desde hacía mucho tiempo se habían manifestado, hicieron imposible la convivencia de ambos, por lo que el futuro pesimista optó por trasla-

darse a Dresde, donde vivió solo y estudiando intensamente durante cuatro años consecutivos.

Su humor sombrío tan característico, problema que inquietó hondamente a su madre, a sus parientes y al reducidísimo círculo de sus amigos, fue la causa para que dicha madre, luego de aconsejarse debidamente de su amigo Fernow, enviara a su hijo a la Universidad de Gotha, donde fue sometido al criterio sistemático de los profesores Jacobs y Doring.

Siendo aún muy joven, y después de salir de la referida Universidad, marchó a Weimar a conocer al inmenso Goethe. En esta ciudad preparóse privadamente bajo la dirección de Passow, en cuya casa se hospedó. De allí pasó a la Universidad de Gotinga, en el preciso instante en que G. E. Schulze —autor de *Aeneasimus*—, inauguraba el famoso ciclo de conferencias que despertó en Schopenhauer la pasión por la Filosofía.

La justa fama de que disfrutaba Fichte lo hizo ir a Berlín. Era el año de 1813, uno de los que más tremendos recuerdos dejaron en su vida, pues pretendía graduarse de Doctor, cuestión o anhelo que no pudo realizar por entonces. La situación que atravesaba el Imperio Alemán lo hizo refugiarse en Rudolstadt, en donde se entregó a preparar su célebre disertación sobre "La Cuádruple Raíz del Principio de la Razón Suficiente", que pronto le serviría de tema para doctorarse *in absentia*, en la Universidad de Jena. Tenía 26 años de edad.

Posteriormente efectuó otro viaje a Weimar, ocasión que le per-

mitió relacionarse con el orientalista Federico Moller. Fue también por este tiempo que Goethe lo consagró en su Teoría de los Colores, y que el mencionado Moller le hizo trabar conocimiento con los escritos sagrados de la India. El *Oupnekhat*, obra que sólo podía leer traducida, le satisfizo tanto, que la declaró su Biblia y la escogió como el libro de su consolación en la hora de su muerte . . .

De su permanencia en Dresde data su Tratado sobre la Visión y los Colores (1815) y el trazo de su obra capital, "El Mundo como Voluntad y Representación", cuyo primer tomo apareció en 1818.

De Dresde pasó a Italia. Pero la quiebra de la casa de comercio de Danzig, donde nació y cuya administración descuidaran tanto su madre como él, le obligó a regresar violentamente a Alemania.

Como una forma de prevenirse contra situaciones de miserias, se adscribió a la Universidad de Berlín, en la cual sirvió la cátedra de Filosofía General, por espacio de seis meses. Más parece que su labor como docente no fue destacada, por lo que tuvo que volver a Italia, dedicándose a estudiar el más alto pensamiento latino.

Algún tiempo después regresó a Berlín, exactamente en el momento en que el ilustre abate Lamennais, con Lacordaire y otros teólogos, discutían la necesidad de restaurar la libertad religiosa, aniquilada por el Sumo Pontífice de entonces. Pero atemorizado por el *colera morbus*, se dirigió a Frankfurt, donde permaneció has-

ta su muerte, acaecida el 21 de setiembre de 1860.

Quien estudie a fondo la obra de Schopenhauer, inmediatamente descubrirá, que el llamado sublime Platón —filósofo que planteó la absurda cuestión de la superioridad entre los hombres y por lo tanto exigió la conservación de privilegios de algunas clases sociales helénicas—, podemos asegurar que suministró las primeras bases al egoísmo schopenhaueriano. Más habrá que tomar en cuenta, en beneficio del famoso griego, que Schopenhauer predicó su pensamiento con mayor agresividad.

Los visitantes de la obra de Schopenhauer que no desentrañen con sumo cuidado las líneas ideológicas de la misma, corren el riesgo de convertirse en idemistas de su pensamiento: por la apariencia de verdad —o falsa apariencia— que contiene. Y pueden, a su vez, como en la demostración de algunos teoremas creer, que por la simple aceptación de un argumento negativo se está afirmando la existencia de lo positivo. Tal podría decirse, por ejemplo, que el desamor, la conciencia de limitación y desesperanza, los ideales nugatorios, la *nesciencia* de los valores permanentes de la vida, la falta de apreciación de lo que somos y representamos en el escenario del mundo, *son* los factores capaces de conducir a un hombre, desde la indiferencia hasta el bien de la Humanidad.

No hay que olvidar que quien parte de premisas erróneas necesariamente remata en consecuencias erróneas. Schopenhauer niega, y lo hace con toda su fuerza mental, con toda su convicción, creyendo encontrar en la negación de todo la satisfacción a su asperidad y desconsuelo. Quien niega tiene derecho a sustituir —a menos que sea un impostor— lo negado por lo que afirma. Schopenhauer lo hace, ciertamente; sólo que el sustituto es casi siempre la nada, y en eso está su tremendo error: porque la nada es lo inexistente, es la ausencia total de todo, incluso de la nada misma. Y si sobre esta base se pretende levantar un sistema filosófico, de antemano se comprende que no se podrá llegar a ninguna conclusión, desde luego que carece de sustentación científica.

Nosotros afirmamos que el valor del hombre se explica por su

CHACHARA

Por IGNOTUS

El Profesor Arturo Agüero Chaves en sus interesantes y jugosas crónicas del último Congreso de Académicos de la Lengua española celebrado en Madrid, el año antepasado, cita en una de ellas al Padre Aurelio Espinosa Pólit, jesuita ecuatoriano asistente a dicho certamen, al transcribir algunas frases suyas pronunciadas en el mismo Congreso, y por tratarse de una personalidad intelectual de nuestra América hispana, vale la pena de dar aquí datos sobre él.

El Padre Espinosa Pólit fue catedrático del Colegio de los Jesuitas de Granada, España, y al cerrarse ese centro educacional a causa de la guerra civil española en 1932, regresó a su país donde continúa su profesorado en el Colegio de Cotocollado. Es ya un autor de méritos. Su primera obra se titula: *Virgilio: el poeta y su misión providencial*, libro que figuró desde su aparición en primera línea en la crítica virgilia-na, honrando así el mérito de las letras hispanoamericanas, con justas alabanzas a su autor, según lo declaran varios críticos españoles y elogios muy merecidos para ese literato ecuatoriano, tanto por la apreciación que hace del dulce poeta mantuano como

por la forma de su estilo y su fácil y amena dicción. Dicha obra literaria ha despertado mucho interés en los círculos culturales españoles y de hispanoamérica.

Además de ese trabajo sobre VIRGILIO, el Padre Espinosa Pólit tradujo la tragedia *Edipo Rey*, de Sófocles, admirablemente representada por sus alumnos en el Colegio de Cotocollado, centro donde se cultivan, como en los mejores tiempos pasados, las humanidades clásicas griegas y latinas.

Un intelectual de fama como lo es ya el Padre Espinosa Pólit, ha hecho y hace actualmente, una labor muy apreciable de humanismo clásico en la América Española en su profesorado del citado Colegio del Ecuador, manteniendo allí, la tradición de que ha gozado dicho país en los estudios de humanidades y teológicos, ahora mismo, cuando una ola de materialismo se cierne, amenazante sobre el cielo, tratando de destruir nuestra cultura occidental, implantada en Europa desde la Edad Media.

Y ya que en los párrafos anteriores se habla sobre Virgilio, vamos a referirnos a la interpre-

tación de una célebre y comentada frase suya, y al mismo tiempo, la errada traducción que de ella se ha hecho. La frase es la siguiente:

Sunt lacrimae rerum, et mentem mortalis tangit. (Eneida I, 462).

Alguien la vertió así: "las cosas tienen lágrimas"; y de antemano debemos advertir no ser nuestra crítica, directa a quien la reprodujo hace algunos meses en un diario josefino, ya que éste último no hizo sino repetir el error del primero que la tradujo mal. No; nuestro propósito es darle su verdadero significado. En primer lugar, hay que declarar que las cosas materiales no pueden producir lágrimas y lo que el poeta latino quiso expresar, al ver Eneas en el palacio de Dido un cuadro del incendio de Troya, fue lo siguiente:

"Hay lágrimas por las cosas (se ha llorado por nuestros infortunios) y las desgracias de los mortales (esas cosas que son el patrimonio de los mortales) impresionan el corazón; es decir, dicho esto en una sola frase: se siente el dolor humano".

Así explican e interpretan este inmortal verso de la Eneida, todos los intérpretes antiguos y los más autorizados de los moder-

nos que han estudiado a fondo a Virgilio.

Y a este propósito dice Aturo Ma. Cayuela en su erudita obra HUMANIDADES CLASICAS, de donde copiamos la interpretación anterior sobre el verso de Virgilio: "Por esas bellas cualidades afectivas merecerá en todos los tiempos bien este poeta, ya que influye en la formación de esos jóvenes a quienes les interesa educar sus propios afectos".

Y agregamos nosotros, por nuestra parte: cuánto bien se haría, si, de cuando en cuando, ahora que se han vuelto a abrir las clases de Ciencias y Letras en el nuevo edificio de la Universidad de Costa Rica, se dieran a los jóvenes por profesores ameritados en las disciplinas de cultura humanista, conferencias sobre los clásicos griegos, latinos y castellanos, quienes en sus inmortales obras dejaron a la posteridad una fuente limpia donde puede abreviar el joven intelecto costarricense mucho respecto a su formación, ya que como se ha dicho tantas veces, los clásicos forman "porque son antiguos, dando un psiquismo vigoroso y equilibrado a todas las facultades humanas". Dar conferencias, especialmente sobre Homero, sobre Esquilo, Sófocles, sobre Píndaro, como sobre Cicerón, Virgilio y Horacio, sobre nuestros clásicos del siglo de Oro Español, como Cervantes, Calderón de la Barca, Fray Luis de León y asimismo sobre Dante. Bien interpretados dichos clásicos harían mucho bien en favor de la cultura costarricense, ávida en estos tiempos de cultivar su inteligencia.

quehacer, su amor, su mentalidad y su manera de proyectarse en la vida. Contrariando a esto dice Shopenhauer que la vida vale menos que nada, por cuanto es un dolor. Más un somero análisis permite demostrar, que lo que él precisa es más bien un simulacro de vida, un esquema o bosquejo de la vida, desde luego que sólo considera en ella uno de sus fenómenos: el dolor. Acéptese que dicho fenómeno sea uno de los fundamentales. Pero no es el único. La vida es esfuerzo continuo por obtener saludables ideales, por lo que sólo desde este punto de vista tiene valor la existencia humana.

En lo anterior, como en toda

su obra, deja entrever su misántropía, su pesimismo desesperanzado, su renunciamento, su consciente divorcio de la sociedad y del mundo. Y también se destaca la influencia que sobre él ejercieron las contemplativas y retardatarias filosofías de la India y la China. Shopenhauer fue un alma amargada, áspera, indiferente, desengañada. Fue una de esas personas que mantienen odio gratuito a la sociedad. A los veinte años era un viejo irascible, voluntarioso, soberbio, obstinado, que tenía por dioses a La Rochefoucauld y Chamfort, moralistas desilusionados, y a Kant, el más calificado pesimista de la Metafísica. Llevó vida solita-

ria, conservadora y miedosa hasta de los ladrones. Predicador de la muerte como suprema libertad, le tenía horror a la misma muerte, hasta el punto de tomar precauciones meticulosas y ridículas. Sus accesos de mal humor eran de tal índole, que lo dejaban, declara Papini, en tal estado de terquedad y de intolerancia, que preocupaba a sus más caros amigos, hasta el extremo de hacerse odiar de ellos. Por eso su sistema es el de un anciano desconfiado, gruñón, perezoso y senil. Y es también fatalista y de reprochable renunciamento, como en la mayor parte de las doctrinas religiosas acentuadamente metafísicas.

Tanto daño ocasionó la difusión de su filosofía, que Eduardo de Hartman escribió un amargo tratado sobre la "Filosofía de lo Inconsciente", Julio A. F. Bahnsen objetivó su "Filosofía de la Liberación", con el suicidio, Max Stirner (Juan Gaspar Schmidt), construyó el anarquismo ideológico y Felipe Mailander liquidó toda concepción moral.

Tal es la razón para que señalemos el peligro que entraña conocer la obra de Shopenhauer y la necesidad de arrebatarla de manos de la juventud y de la adolescencia.

Cartago, enero de 1957.

una carta interesante

Nueva York, 29 de marzo 1957.

Sr. D. Arturo Echeverría Loría,
Secretario del Consejo de Redac-
ción de la Revista BRECHA.
Apartado 1157,
San José, Costa Rica.

Muy Señor mío:

El Embajador de Costa Rica ante las Naciones Unidas, el Sr. Cañas Escalante, ha tenido la amabilidad de facilitarme los primeros números de la revista "Brecha", cuya existencia desconocía. Me complace mucho el esfuerzo que realizan y que me ha llenado de sincero entusiasmo, sobre todo porque me parece que con ello se puede contribuir eficazmente a contrarrestar el filitismo que parece señorear ahora al país.

Los ejemplares referidos los obtuve apenas ayer y no he tenido tiempo suficiente para examinarlos con el detenimiento que merecen; pero en general me gusta mucho la orientación que se han trazado y la amplitud de criterio que refleja, al punto que considero indispensable suscribirme a esa publicación. En el artículo de exposición de motivos insertado en el primer número, se expresan delineaciones bastante bien definidas. Si, como es de esperar, se traducen en obra real, constituirán una labor muy valiosa y necesaria. Hablando de asuntos deportivos se dice allí que se les dará cabida, pero que serán "tratados en lengua castellana y no en la jerga de las canchas". Yo no limitaría ese desiderátum al campo de los deportes, sino que la haría extensivo, convirtiéndolo en norma y base de una campaña depurativa, encaminada a combatir la monserga general que pasa por la última novedad de la lengua nacional, sobre todo en lo que se refiere a las formas anglicadas, no sólo del vocabulario,

sino también de la construcción. La situación es tan caótica y grave, que resulta verdaderamente alarmante, a extremo de que una palabra tan elemental en español como lo es "efectivo", cuyo sentido genuino es el de real, se emplea últimamente en la acepción que tiene en inglés el parónimo correspondiente, "effective", cuya traducción es la de "eficaz". Recientemente he estado escuchando de labios de personas venidas de Costa Rica, que ni siquiera podrían tener la injustificada excusa de haber vivido mucho tiempo en un país de habla inglesa, el verbo "realizar" en el sentido anglicado de "darse cuenta". La misma Universidad se encuentra en un estado calamitoso en cuanto a la dicción, según señalaré luego, y en el Ministerio de Educación hay un funcionario designado también con una transcripción de una palabra inglesa, "supervisor". Veo que en la Universidad existen cursos de "auditoría", empleándose ese término en un sentido que no se compeadece con el genio del idioma y que tiene su origen en la sustantivación del verbo inglés "to audit", que vale revisar cuentas o cosa por el estilo. Por más liberalidad semántica que se quiera aplicar a "auditoría" y a "auditor", su nuevo sentido choca contra la acepción etimológica de esas palabras, que es la de "oídor", y más con la usual de juez, como en la expresión castiza, "auditor de guerra". Veo por ahí que se escribe "pretensioso", con s, seguramente porque "pretensión" lleva esa cansonante. Aunque el Diccionario de la Academia

no registra el término "pretencioso" —lo que, desde luego, no es motivo para dejar de usarlo— como esa palabra y su sentido nos vinieron del francés ha sido costumbre escribir "pretencioso" con c. El diccionario de Alemany y Bolufer, más liberal que el de la Academia, consigna "pretencioso" como sinónimo de "presuntuoso". Pero como sucede casi siempre con los sinónimos, hay una diferencia de matiz entre estos dos vocablos. El único que aboga por escribirlo con s es el P. Félix Restrepo, S. J., distinguido filólogo, aunque comprende que en esto está solo y que nada contra corriente. En sus "Apuntaciones Idiomáticas y Correcciones del Lenguaje" escribe bajo el artículo correspondiente lo que copio a continuación: "PRETENCIOSO —no es palabra castiza, aunque a fuerza nos la quiere meter la galiparla. Pretensión en castellano es solicitud para conseguir una cosa que se desea, y en caso de que *pretencioso* llegara a pasar al castellano, necesariamente sería en el significado de *pretendiente*, y con s".

"Lo que los franceses llaman *prétentieux*, y que tontamente y a la diable traducen ciertos escritoritos, en español es fatuo, engreído, presuntuoso, presumido, petulante, amanerado, jactancioso, etc."

"Como se ve, tenemos buena cantidad de vocablos, para no mendigar esta palabreja a los franceses".

Los felicito por el buen cuidado que a veces tienen en la revista de escribir Méjico con j. No

soy partidario de la pena de muerte, con la sola excepción de aplicarla a los que escriben Méjico con x, fuera de los Estados Unidos Mejicanos (Mexicanos). La ortografía con x es una aberración legal de la nación mejicana, que trata de justificar con supuestas razones etimológicas. Los aborígenes de Méjico (y eso de aborígenes es relativo, pues algunos etnólogos suponen que el indio americano vino del extremo oriental de Siberia, cuando Alaska estaba unida a Rusia o acaso el actual estrecho de Bering era vadeable), no tenían alfabeto y el sonido que figuraba en la palabra con que designaban al país, dicen que se asemejaba al de la *ch* francesa, que en la época de la conquista se representaba en español con x. Pero en todo caso ese sonido desapareció por completo de la fonología española y acabó por pronunciarse como j y escribirse lógicamente con esa letra. El campesino de Costa Rica suele decir *trujo*, en vez de *trajo*, pero jamás ha dicho *trucho*, con el sonido de *ch* francesa, y en los documentos antiguos se escribía *truxo*. Esta ortografía, empero, se abandonó muy pronto. De todas maneras, Méjico, como nación soberana e independiente, puede arbitrariamente imponer la obligación de escribir el nombre del país con x, como se escribe Oaxaca, que los forasteros pronuncian Oacsaca, en vez de Oajaca, que es como debe pronunciarse. Pero esa disposición legal no reza con nosotros, como tampoco reza con el resto de la América y de España la apelación de "puertorriqueño," en vez "portorriqueño", más conforme con el genio del español. La Academia, en un momento de debilidad y cediendo a la fuerte presión de los isleños, consintió en consignar el gentilicio "puertorriqueño", al lado de "portorriqueño", la única forma que hasta 1936, "Año de la Victoria" (!!) había registrado.

Perdóneme el Sr. Echeverría toda esa pedantería; qué le vamos a hacer: soy pedante desde la tierna edad de ocho años, en que empecé a estudiar latín de misa y oía.

Delito en la Isla de las Cabras

Por: DON GUY

"La guerra, al morir, dejó al hombre desnudo, sin ilusiones, abandonado a sus propias fuerzas; pero le hizo comprender, al fin, que sólo puede contar consigo mismo".

J. P. Sartre.

La controversia que está suscitando "Delito en la Isla de las Cabras", todavía no arribada a los periódicos —excepción hecha del artículo de don Mario González Feo, en "Diario de Costa Rica" del jueves pasado— no nos toma desprevenidos. Dondequiera que esta obra es puesta en escena, se desata un torbellino de opiniones en pro y en contra de muy difícil entendimiento y gobierno. Señores de gran calidad la atacan con ariete; críticos la defienden con escudos medievales. Este hecho de su polemismo es para nosotros, de comienzo, un buen signo. Siempre sospechamos de aquellos partos humanos que no tienen por compañía el escándalo, tanto los que son unánimemente aceptados por el consenso general —público y comentaristas— como los que con énfasis del mismo tono se rechazan.

"Delito en la Isla de las Cabras" va a tener diez años de existencia. Escrita en 1948 por el atormentado, agonizante Ugo Betti, la obra no puede reclamar todavía el mérito de su intemporalidad, por más que no haya aun mérito para esa circunstancia de la "duración". Sin embargo, ha sido tan objetada y aplaudida como "Las manos sucias", como "Te y simpatía", como tantas piezas teatrales que están sometidas desde su nacimiento al proceso de análisis, a la prueba de fuego. Hay quienes la consideran como una obra vulgar, sin poesía, demasiado tremendista. Otros la reputan de "singular creación del



arte teatral contemporáneo" y elevan los elogios hasta esferas que pueden considerarse lindantes con la hipérbole.

El autor de esta crónica confiesa que se sintió entusiasmado ante la representación de la obra, tanto por la representación misma como por la obra en sí.

De su entusiasmo nace este comentario, al cual le servirán de apoyo los conceptos del señor González Feo y los que vayan surgiendo al correr de las teclas.

La obra es, desde luego, sombria. Su tono no tiene el desvaimiento ni la palidez de los "dramas". En ella hay trazos fuertes, relievados por una gran tensión y por un deprimente derrotismo. Está expuesta en términos sórdidos, sin refinamientos, sin enredaderas. Parte de hechos dados, concretos, firmes. No entra en explicaciones innecesarias ni se entretiene en "matizar" la conducta de los personajes. Lo que dicen y hacen éstos es directo e inmediato. El recurso de la metáfora se utiliza con sobriedad, con talento. Son pequeños espacios de evasión, asomos del mundo exterior que luego vuelven a meterse en aquella tumba que es la casa de las tres mujeres. El lenguaje es rudo y violento, sin equívocos, sin circunloquios. No

tenemos enfrente una comedia, ni un drama. Es una tragedia, por su corte y por su contenido. Las figuras luchan contra su destino pero no pueden domeñarlo.

Angelo es un arribista, un vividor, un cobarde. Su empresa es dominar a tres mujeres solas que viven en un aislamiento material y físico desde hace mucho tiempo (el hecho de que Solvia esté en la Universidad no debilita esta afirmación: Solvia es una adolescente que se nutre del recuerdo de su padre, que tiene una gran necesidad de afecto y que siente el escozor de la tragedia muy en lo íntimo). Angelo seduce a las tres hembras pero inmediatamente se desborda en el conflicto; la condición intelectual en encuentro con los instintos. El atractivo de Angelo es primitivo y brutal. Ellas son mujeres educadas, no son campesinas. Lo instintivo se impone y entonces un nuevo plano dramático se acerca: Agata, la madre, no quiere dejar que se escape la luz que ha venido a iluminar su crepúsculo; desea a Angelo para ella, nada más. Su egoísmo y deseo de exclusión son enfáticos. Siente celos de Solvia y de Pía, la cuñada, y trata de alejarlas. Su tramoya surte efectos, aunque al armarla se sienta

aguijoneada, de cuando en cuando, por el impulso del amor maternal. Al final, Agata se queda sola con Angelo, pero el destino se burla de ella.

Se reclama la ausencia de humanidad en los personajes, la falta de lógica de la trama, el ayuno de poesía de la obra.

Algunos autores han visto en la literatura teatral de Ugo Betti una suerte de "neo-simbolismo", o sea un simbolismo no a la manera de Maeterlinck, sino con la nueva característica de que lo humano tiene vigencia por encima de lo que trata de representar. Angelo, es cierto, carga sobre sus espaldas una acumulación de males, pero quedan al descubierto las razones cuando vemos que lo que actúa dentro de él como resorte interno es el miedo, el terror agudo hacia la muerte, y la reacción psicológica correspondiente: la fanfarronería, la prepotencia. Agata es la mujer que renunció a todo por la satisfacción de la lucha y padece ahora de un desengaño: por eso no regatea su amor a un desconocido que le atrae físicamente. Solvia tiene aun la inocencia prendida del alma: se enfrenta a Angelo, tiene el sufrimiento de su caída; Pía, como Blanche Dubois, trata de protegerse con un pasado falso, pero las defensas no resisten el también crepuscular impulso a la entrega. La emotividad de lo humano lo encontramos en todos estos personajes, si bien con un sentido distinto al teatro-crónica. No son los hombres lo que existen, sino lo humano. Al generalizar lo individual se llega a ese "neo-simbolismo" suígeneris cuya creación se atribuye a Ugo Betti. La poesía no surge de la irrealización sino de los conflictos humanos.

Al público le molesta que no se le explique el proceso de seducción de las tres mujeres, cómo Angelo se acerca y convence y vence a cada una de ellas. Del primero y el segundo acto hay una distancia enorme. El primero es descriptivo: la exposición de los antecedentes necesarios, (claro que no se reduce a solo eso: en ella los caracteres principales encuentran una definición previa y el auditorio tiene sus primeras manifestaciones). En el segundo, ya Angelo es dueño de la situación, la domina por completo. Qué pasó en el entréacto? Una técnica teatral para infantes haría necesaria esa explicación. Pero entonces la de Ugo Betti dejaría de ser tragedia para convertirse en novela pasional. En el episo-

Gabriela Mistral, su última imagen



por CARLOS LUIS SAENZ

La vimos pasar por nuestra tierra en días de muchas lluvias. Recordamos su alta y serena imagen recortada contra la red gris de los aguaceros interminables; entre el rumor de la lluvia, su voz pausada y grave; en sus ojos verdes, el verdor del campo y su apacible tristeza.

La festejamos sencillamente: la colmamos con el regalo de nuestras flores brillantes; la rodeamos con nuestros niños, y ella sonreía, agradecida; la asoma-

mos a nuestras campiñas; la llevamos a nuestras escuelas y colegios.

En la Escuela Normal de Heredia su plática con los jóvenes sembró inquietudes: les propuso la búsqueda, en los grandes creadores del pensamiento hispano-americano, Santa Teresa, Sarmiento..., de los ideales propios para la educación de nuestros pueblos.

Su última imagen en nuestro recuerdo es la de GABRIELA

a bordo del pequeño barco —en Puntarenas— que la llevó a tierras cuscatlecas. Unas dos horas antes de que se alejara de nuestras costas navegando por el sendero innumerable, a bordo, la rodeamos y le escuchamos sus pláticas, en esta ocasión nimbadas de esplendoroso sol porteño. Su conversación fue casi de tono familiar, como de amigos que se despiden pensando en que quizá nunca más se han de hallar otra vez juntos. Dulcemente nos ha-

bló de sus creencias religiosas:

—“Hay quienes hacen de la religión un vulgarísimo comedero... Otros la convierten en casa de murmuración y de tolerancia para las flaquezas de sus prójimos... Yo soy Hermana Terciaria de la Orden de San Francisco de Asís, y en el jardincillo poético del Santo, me deleito con sus ingénuas y eternas Florecillas cristianas...”

Ahora que en el barco del silencio se ha ido por el otro sendero innumerable, nos complace soñarla acogida a su jardín franciscano, “a su sombra tendida, —de yedra y lauro eterna coronada.— puesto el atento oído al son dulce, acordado, del plectro sabiamente maneado”.

dio final surge la idea del castigo para el culpable en la mente de Pía y Silvia, y para Agata, por el contrario, la de posesión absoluta. Entonces la obra se baña con un soplo de eternidad, que es constante desde el principio hasta el fin.

No puede imputársele a “Delito en la isla de las Cabras”, por otro lado, incompatibilidad con la poesía. Decir esto es negar que de un tema sórdido y abrupto nazca el vuelo poético. Recordemos “A puerta cerrada” y “El Malentendido”, sólo por vía de ejemplo, en donde Sartre y Camus dan un vigoroso tratamiento a tramas semejantes y obtienen un ámbito extra-humano fascinante.

La representación de la obra en El Teatro de Cámara El Arlequín fue brillante. Guido Sáenz, en el esfuerzo más memorable de

su breve pero admirable carrera dramática, tomó para sí la responsabilidad de darle a Angelo un contenido humano intensísimo; en el gesto, en la palabra, en los silencios, en los momentos de violencia e ira, en los de cobardía y timidez, Guido Sáenz imprimió a la obra un sello de autenticidad difícilmente igualable.

Ana Poltronieri también hizo verdaderos prodigios con su papel. Su Agata tuvo en todo momento esas tres dimensiones que se reclaman de todo personaje con vida propia. Kitico Arguedas, en quien el talento dramático avanza con celeridad, dió una Silvia sutil, alucinada y en momentos majestuosa; y Albertina Moya estuvo vibrante siempre vivencial.

La dirección de Jean Moulaert representa el más completo trabajo escénico realizado en nuestro país en varios años. Desde la decoración —que le da un ambiente cargado de tragedia a la obra— hasta los trajes y los acentos musicales, pasando, desde luego, por la composición plástica del movimiento, y la variada gama de tonalidades dramáticas que lleva la línea de la acción, Moulaert ha dado muestras de gran sentido profesional y de intuición brillante.

Por eso consideramos a “Delito en la Isla de las Cabras” un hito formidable en la trayectoria de nuestro arte dramático. Y el público, con su asistencia a las representaciones —que ya van a cumplir varias semanas— y sus aplausos, está refrendando esta verdad.

NOE SOLANO
DIBUJANTE

OFICINAS: Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.

DOS SONETOS

de Lidya Nogales

Por RAFAEL SANCHEZ.



—¿Lydia Nogales, la poetisa salvadoreña?

—Sí, mi querido amigo.

—¿Entonces...?

—Cuando quieras, vamos a conversar con ella.

La oportunidad era sencillamente extraordinaria. —¿Podrías llevarme ahora mismo, en esta misma mañana de enero?

—Vamos, incrédulo, vamos.

Subimos al coche. Pronto salimos de la ciudad. Mi amigo guiaba por callejuelas rurales para mí desconocidas: angostas, orilladas de cercas de piedra en bruto, florecidas de santalucías, silenciosas, solitarias. No llegábamos nunca. Mi amigo sonreía misteriosamente. ¿Una broma más de las suyas?

Por un portoncillo de hierro pintado de rojo, cuya portezuela hallamos abierta, entramos a una pequeña finca. Se hizo, de pronto, una sombra espesa: íbamos por un callejón sombreado por macizos tupidos de bambúes. Al fondo, la casita. Una viejecita campesina a la puerta.

Bajamos del coche. Mi amigo, a la viejecita, en tono familiar:

—¡Hola, tía Candaria! ¿Y Lydia?

—En el jardín, desde hace mucho rato; leyendo, como siempre.

—¿Podemos verla?

—Si tienen ojos, por qué no.

—No, no la llame, tía Candaria, vamos a buscarla al jardín; con su permiso.

Detrás de la casa el jardincito rústico, abundante en hierbas medicinales. En el jardín, debajo de una enredadera de flores de verano... Este es el secreto inviolable, prometido desde el primer momento bajo palabra de caballeros.

Unas pocas semanas después, en otra breve entrevista, nos despedimos de Lydia: se iba no sé para qué región de los Andes del Sur; allá la llevaba el deseo de acariciar los argos cuellos de las llamas y de escuchar el lamento de las queñas en las soledades del aire alto.

Ahora tenemos aquí —gracias a la generosidad de Juan Antonio Ayala— una breve colección de poesías, ¿suyas? Y ahora nos damos cuenta de que Lydia Nogales no es más que poesía.

Para nuestros lectores estos dos sonetos de esta misteriosa criatura hija del ideal:

EL VIAJE INUTIL

Todo era azul en la primer salida...
Azul la embarcación, azul el puerto.
El corazón hacia la luz abierto,
soñaba con la tierra prometida.

Y en el retorno, con pavor de huida,
ancló en mi propia soledad y advierto
que, tras de mí, se iluminó el desierto
y que en la luz se me quemó la vida.

Aquel azul... ¿era un azul de aurora?
Bajo la niebla, el corazón ahora
no atisba las señales para el viaje

sin término, sin rumbo, sin destino.
Aquel azul me alucinó el camino...
Y fui... y estuve... pero nada traje.

DIVINO AMOR

Si el amor está en mí, ¿por qué su ausencia
ronda mi corazón y lo alucina?
Y si lejos está, ¿por qué se obstina
en cegarme de luz con su presencia?

Igual que el vaso que perdió la esencia
una angustia de sed me desatina.
¿Cómo beber la sangre de la espina
y mi barro colmar de transparencia?

Amor, que me persigues y me huyes,
buscándote y buscándome: ¿no intuyes
la senda clara y el seguro abrigo?

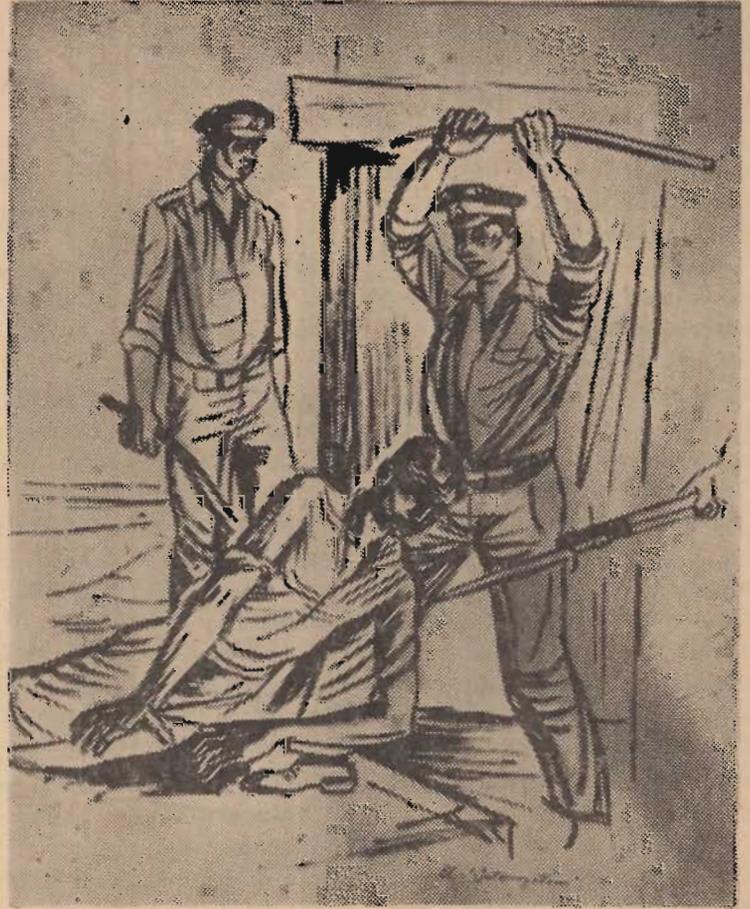
Tras del párpado breve que te esconde,
sé que es tu voz la que a mi voz responde
y que, no estando en mí, tú estás conmigo.

BIBLIOGRAFIA: Lydia Nogales. Un suceso en la historia literaria de El Salvador. Por JUAN ANTONIO AYALA. Publicaciones del Ministerio de Cultura. San Salvador, El Salvador 1956.



Brújula Quieta

LUCIO RANUCCI, nació en Italia y cursó estudios en Academias de Bellas Artes en Perugia y Milán. De regreso de la guerra y de la prisión en Africa, se dedicó profesionalmente a la pintura y al teatro, trabajando también en diferentes periódicos y revistas de Italia. Ha realizado exposiciones en Italia y posteriormente en Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Jamai-



ca y Costa Rica. Tiene cuadros en Galerías del Ecuador, Colombia y Jamaica. Ha sido profesor de Historia del Arte en la Facultad de Bellas Artes de Nicaragua y actualmente en "La Casa del Artista". Esta es su segunda exposición en Costa Rica, donde reside, desde hace seis años.

—o—

SIEMPRE HAY MUCHO DE SORPRESA en una exposición de pintura. Siempre la curiosidad deja abierta la ventana al asombro o a la discuidada indiferencia. En esta exposición de Luccio Ranucci en la que se presentan cuadros al oleo, a la piroxilina y dibujos en tinta china, no hay duda para la indiferencia; no puede haberla, porque el espectador es tomado de la mano por el asombro y a este se entrega desde el primer momento.

Una exposición es como una verdad desnuda; como una raíz inacida; es a sí mismo, una experiencia de hondura emocional. Son muchos los factores que juegan con la vista del que indaga el por qué de los cuadros expuestos; Las razones íntimas que los hacen subsistir, tener vida pro-

pia, desasirse como velas al gairete, bajo el viento; desplegarse como una plegaria o un grito.

Mucho de mística plegaria, de oración callada y muy en silencio hay en esta pintura de quien en la tormenta de su vida ha sabido buscar el equilibrio en la forma, y dejar lo anecdótico perdido dentro de las capas de color o la sombra del lápiz, para darnos un trabajo depurado de arte.

Se destaca a primera vista un conjunto de obras importantes. Y cuando se va descubriendo el camino a los cuadros y a los dibujos ya se siente al pintor de gran imaginación y colorido.

Partiendo del dibujo en tinta china "Plegaria", hay una serie de ocho dibujos más de las cárceles de Nicaragua. Dibujos inmersos en la más pura rebeldía y en la más dura realidad. Hay en ellos toda una serie de emociones expresadas en sus líneas, de efectos hondos en angustia.

Su línea es fuerte y expresiva. Con pocos rasgos conduce y mueve el sentimiento. Son dibujos que alcanzan lo que se proponen, sin hacer concesiones dentro de los severos cánones del arte.

Seguimos recorriendo la sala, que a pesar de su falta de luz,

no esconde el colorido del oleo y la piroxilina, conseguido, a base del dominio del material que es noble, en la medida que el pintor lo conduce y lo domina. Si en los dibujos hay un fatalismo vigoroso y sentido, a los otros trabajos les da una misteriosa gama de sugerencias que embarcan el ánimo, que hacen pensar, y no pensar, solamente sentir; tam importante lo uno, como lo otro.

Hay una naturaleza muerta muy bien lograda y otro cuadro en que la tristeza de una niña, tiene de fondo velas que parecen peces voladores.

Con un colorido muy vivo, que se manifiesta pleno y rebosante en el cuadro "Fiestas en Plaza Víquez", dá el pintor la sensación de alegría de feria, con un dejo de tristeza.

El paisaje "Camino a la Garita" seco y soleado, de cerros que buscan a las nubes ausentes, está interpretado con ágil pincel.

creemos que es esta una importante muestra del talento de Ranucci, de su devoción por la pintura y el dibujo que viene a acrecentar el acervo artístico y cultural del país, ya valioso por el

esfuerzo que nuestros artistas ponen en su trabajo.

LA BIBLIOTECA DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA, en su afán de contribuir a las aspiraciones del público en general, ha comenzado su segundo período de conferencias, en el local del Palacio Nacional.

Durante el año pasado, conferencistas —entre los que figuran personalidades del Cuerpo Diplomático acreditado en el país, distinguidos Profesores de la Universidad de Costa Rica y Profesionales, marcaron un período de actividad intelectual, como lo realizaron en su tiempo aquellos progenitores de estos centros de estudio: Brenes Mesén, Omar Dengo y de de una manera más concreta, Miguel Obregón, fundador de nuestras Bibliotecas.

El público selecto se ha habituado a frecuentar la Biblioteca de la Asamblea Legislativa, ya que además de brindar cultura tiene la ventaja de estar ubicada en un sitio de fácil acceso para todos.

El Excmo. señor Pedro Cevisola S., Embajador de México, abrió el ciclo de 1957 con una brillante exposición sobre El Cen-



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-



tenario de la Constitución Mexicana.

En esta forma la Biblioteca de la Asamblea Legislativa contribuye también a fomentar las relaciones humanas con sus hermanos del Continente que es el espíritu de los ideales bolivarianos.

Este criterio idealista por el acercamiento espiritual no debe pasar desapercibido porque solamente en la comprensión de los anhelos de esta gran familia americana descansará la unidad y el poder de este conglomerado humano.

"Las ideas no mueren" dijo Eugenio María de Hostos; y nosotros añadiremos: tampoco las obras que fecundan. Por eso felicitamos a la Biblioteca de la Asamblea Legislativa al haberse convertido en el medio que las difunde a los ciudadanos independientes de los pueblos libres de América.

OTRO SOL DE FAENAS, es el título de una obra poética de Eduardo Jenkins Dobles, que acaba de editar Antidío Cabal. El cuarto volumen de la Colección de Poesía "Oro y Barro". Viene esta edición ilustrada por el pintor Francisco Amighetti.

—o—

ARNOLDO HERRERA, el director de la Escuela "Conservatorio Castella" está preparando, junto con la coreógrafa holandesa Siskie de Iongh, de nuevo la representación de los "Cuentos de mi tía Panchita" que tanto éxito obtuvo hace algún tiempo.

También nos dicen que ya están ensayando dos ballets que están muy bien y serán estrenados dentro de algún tiempo, antes del viaje de regreso de esta distinguida coreógrafa de Iongh, a su patria.

—o—

ESTA YA EN PRENSA una novela de la Prof. Edelmira González, Alma Llanera, que fue premiada hace algunos años en un concurso, enviada a Chile para su edición y, dados por perdidos los originales. Después de muchas vicisitudes, estos fueron encontrados o apareció una copia, de la cual se está haciendo la edición, en los Talleres de la Imprenta "Aurora Social".

—o—

CON UN estudio crítico de la obra, será reeditada en El Salva-

dor, la novela del estimable novelista tico, don Fabián Dobles Rodríguez, "ESO QUE LLAMAN PUEBLO. Es esta novela una de las que han tenido más éxito de divulgación de este novelista que ya lleva a su haber de producción algunas novelas más y un libro de cuentos, los de Tata Mundo que fueron recibidos con cariño por el público costarricense. Dobles Rodríguez sigue produciendo para prestigio de las letras nacionales.

El profesor Universitario don Salvador Aguado Andreut, es quien hará el estudio crítico de la obra del novelista Dobles Rodríguez. El Prof. Aguado Andreut está interesándose en la obra de autores nacionales y penetrándose de ella, haciendo en esa forma, una labor digna de elogio.

—o—

DESPUES del brillante estudio del Licenciado Hernán Peralta, sobre "Don José María de Peralta", y los ilustres antepasados y descendientes suyos, no sin echar al olvido la influencia en el desarrollo de Costa Rica de varones tan preclaros, al acervo historiográfico nuestro, se ha dilatado en apreciables áreas con el libro, "La Campaña del Tránsito", del destacado profesor, Rafael Obregón Loría. El leal y bondadoso servidor de la cultura a quien nos referimos en estas líneas, con su reciente obra, ha elevado un monumento eterno a la gesta inmortal de Costa Rica, fuente insustituible de renovación y de fe en el presente y en lo porvenir. Mucho se ha escrito sobre la influencia en lo subjetivo en el campo de la producción histórica. Para algunos críticos, sólo alcanzan autoridad científica, es decir, con valor universal aquellas narraciones desenvueltas en un ámbito auténticamente objetivo. Pretenden así, reducir la interpretación de los hechos y fenómenos humanos, de los procesos de vida que van sucediéndose en el curso del tiempo, a leyes protegidas con el mismo rigor científico que caracteriza a las clásicas afirmaciones de las ciencias positivas. Cuantos piensan de este modo, ignoran que el proceso histórico, es el más amplio y profundo proceso vital. En él opera la diversidad en despliegue de las formas de vida humana, para usar la acertada expresión de un egregio pensador. En la vida histórica vemos cómo afloran las más estupendas contradiccio-

nes y los impulsos divergentes y los aparentes o fatales retrocesos. Ahí, lo irracional en el sentido filosófico del vocablo, produce sus efectos. La vida que es progreso y no proceso, movimiento renovador y sorpresivo, debe contemplarse con su radical dinamismo, como valor y como finalidad.

Costa Rica, acrisola su ser nacional y su destino histórico, en las campañas del cincuenta y seis y cincuenta y siete. Estas luchas, por su intrínseco valor, por su resonancia en la esfera de la libre determinación de los pueblos, puede y debe colocarse al nivel de las más heroicas y trascendentales, acontecidas hasta el presente. El valor esencial de la gesta centroamericana, a que aludimos, fulgura en la obra del profesor Obregón Loría con rasgos inconfundibles. La precisión de los datos que robustecen aquella obra, las citas oportunas de los interesantísimos documentos que en ella se incluyen, y la serenidad de los juicios con que el distinguido autor enfoca cada problema, en el marco siempre de las circunstancias de lugar y de tiempo, todo ello, conduce al lector de la medular monografía, a revivir en su propia sangre, las glorias inmarcesibles de nuestros venerandos abuelos.

Nadie con más autoridad en las actuales generaciones que Rafael Obregón para narrar, como lo ha hecho, con éxito singular, la empresa heroica cual ninguna, en que nos ocupamos. La ponderación y seriedad de su temperamento, su lealtad congénita a cuanto piensa o realiza, y su misma devoción por el estudio, devoción que en él es interna actitud y no ensayismo tropical, constituyen las credenciales que respaldan en Rafael Obregón, sus juicios certeros de investigador.

Con la lectura de *La Campaña del Tránsito*, a no ser que en la época de las necesarias interdependencias que presenciamos, las ideologías extremistas colócanse al margen de la realidad vital del tiempo, abrigamos el deseo de que los centroamericanos establezcan como condición ineludible para aspirar al gobierno de nuestros pueblos, la de contar siquiera con un solo soldado en las filas gallardas de los paladines de la Campaña Nacional. ¡Tanto se avigoran las entrañas patrióticas nuestras y el legado de dignidad que recibimos como el más preciado capital de nuestros mayores, con la saludable lectura de la obra histórica co-

mentada, gloriosa para Costa Rica y para su hijo ilustre: Rafael Obregón Loría!

Alejandro Aguilar Machado.

—o—

UNA EXPOSICION de cuadros de varios pintores contenida en una pequeña sala, viene a ser, a mi modesto juicio, para el público en general y especialmente para el ciudadano común, algo poco aconsejable. El espectador se encuentra ante tal variedad de estilos, de temas y de ofertas, que prontamente se le embotan los ojos. Mira muchos cuadros, pero en realidad no "ve" ninguno o se le entorpece la posibilidad de "asimilar" debidamente a cada pintor.

Un cuadro es como un poema, como una escultura, como una pieza musical. Cada obra requiere del espectador su total atención, sus cinco sentidos dedicados exclusivamente a ella. No podemos leer a la vez varios poemas, no podemos a la vez oír varias sonatas. Pero en cambio si podemos mirar varios cuadros, que no es lo mismo que ver, penetrar y gozar de uno solo.

Sea como fuere, el caso es que a mí —como a tantas otras personas—, me ocurrió que al llegar por primera vez a la exposición pictórica del Salón Rubén Darío, exposición que no obstante lo apuntado merece el más cálido elogio por su alta significación espiritual y artística, sufrí precisamente de esa perturbación de mirar ante mí muchos cuadros sin conseguir "ver" adecuadamente la obra personal de cada pintor. Tuve que volver varias veces, hacer un esfuerzo y fijarme, aislar y repasar cuidadosamente los caballetes donde se encuentran las obras agrupadas de varios artistas.

Al fin un cuadro clavó mi atención en él. Se trataba de una acuarela de una "Naturaleza Muerta", del pintor nicaragüense César Antonio Izquierdo. Frente a ella me planté decididamente, dispuesto a "ver, encontrar y obtener" ese deleite con que nos regala su contenido plástico. Esta naturaleza muerta tiene un temblor auténtico de vida. Este cuadro es surrealista, no representa, aparentemente, nada, pero cada línea, cada mancha, cada movimiento, tienen una vibración casi musical. Diríase que es un jardín de colores: este es un gris

FLAUTAS LIDIAS

Fragmento.

Temo que te figures Memmio, que voy a iniciarte en protervas doctrinas y a franquearte el camino del mal; por el contrario, la superstición ha producido mu-

chas veces crímenes y otros hechos execrables: por ella varones famosos de Grecia, capitanes fuertes, profanaron en Aulide con la sangre de Ifigenia el

altar de Diana. La cabellera virginal recogida con fúnebre banda fluctuante; frente al altar el afligido padre; al lado los sacerdotes que ocultan los puñales, al

rededor el pueblo que lloroso contempla a la joven; ésta, muda por el terror y agobiada por el espanto, cae sobre sus rodillas; a la infeliz no sirve la consideración de haber sido la primera que dierra el nombre de padre al Rey; impías manos de sacerdotes, la levantan y la conducen trémula ante las aras, no para que celebre solemnes ritos de himeneo acompañada por lucido cortejo, sino para que muera deshonestamente, a la vista de su mismo padre en el instante en que amor la destinaba a tierno esposo; y muere para que el viento no estorbe la feliz partida de la flota griega. ¡A qué horribles males puede la superstición llevar a los hombres!

LUCRECIO — *De la naturaleza de las cosas.*

Poema Clásico...

Dedicado por el copista a don Pedro Díaz del Parral, en San José.

Yo y Pangur, mi gato,
tenemos los mismos gustos;
su placer es cazar ratones,
yo, de noche, cazo palabras.
A menudo, un ratón extraviado
cae en las garras del héroe;
a menudo, mi mente en acecho
caza un significado en su red.
Contra el muro tiene los ojos fijos,
fieros, agudos y astutos;
contra el muro del conocimiento
yo ensayo mi débil saber.
Si un ratón sale de su cueva
¡qué alegría siente Pangur!
Y qué alegría experimento
yo, cuando resuelvo mis dudas!
Así en paz nuestra labor
practicamos Pangur y yo.
Con nuestras artes somos felices,
yo con el mío y él con el suyo.

Poemita tomado de la obra de Gerald J. Walsh, S. J. titulada HUMANISMO MEDIOEVAL, quien, a su vez, dice haberlo tomado de Robin Flower, autor inglés, agregando Walsh que dicho poema fue escrito por un monge irlandés de Iona en la Edad Media, (543-615).

A las Ruinas de Roma

No tienes par ¡oh! Roma, aunque postrada en ruinas;
en tus fragmentos habla tu grandeza pasada.
El tiempo ha destruido tu orgullo y los palacios
del César y los templos en el pantano yacen.
Los mismos dioses miran sus estatuas y admíranlas
y anhelan parecerse a las formas ficticias.
No pudo la natura hacer a sus deidades
tan bellas como el hombre en la piedra forjólas.
Divinos estos mármoles son, mas nos inclinamos
ante el genio del hombre, no ante los falsos dioses.

Dice el autor de HUMANISMO MEDIOEVAL, Gerald G. Walsh, S. J. de donde tomamos el poemita anterior, ser el poema obra de Hildeberto de Lavatdin (1055-1133), Obispo de Lemaus, arzobispo de Tours. Versos, agrega Walsh, "considerados con justicia como un diamante de primera agua en el clasicismo del siglo XII"

temblón y primaveral; aquel ciéna fluctúa entre flor y escarabajo, y es en conjunto un crisantemo morado y verde cuyos pétalos dispersos se nos figuran los revueltos cabellos de una pequeña medusa.

Sin embargo, esta acuarela es plástica pura, línea y color, armonía y ritmo, sin "cuento" y sin literatura. He aquí, me dije, el milagro del arte sin mixtificaciones, la gloria del artista: crear.

Mi mayor deseo sería tener es-

ta acuarela en mi casa, mirarla todos los días, recrearme en ella. Sólo la belleza tiene la magia de renovarse constantemente ante nuestros ojos y de no cansarnos nunca.

El pintor Izquierdo tiene otras obras expuestas en el Salón Darío, de gran valor para mí, como son los óleos: "Naufragio", "Retrato de un joven" y "Luna", verdadera joya de simplicidad y de gracia, pero de los que no quiero ocuparme en este breve

apunte por falta de espacio. Hay también otros cuadros de otros pintores dignos de que se les aprecie y se les tome muy en cuenta. Pero para mí, es Izquierdo el pintor más representativo y maduro, el de más conseguida expresión y el más firme de todos. Merecería, de mi parte, un primer premio, si de tal cosa se tratara.

Quizás se me diga, ha ido a una exposición de pintura y no alcanzó sino a "ver" un solo cua-

dro. Cierto. He vista una sola acuarela, pero, hacía tanto tiempo que no veía una nueva y verdadera obra de arte! Y pienso, cuántos ojos habrán pasado por allí sin haber visto nada, o casi nada, para decir al ir bajando las escalinatas: vi un montón de cuadros, me gustaron todos o no me gustó ninguno.

Fernando LUJAN.

Managua, Nicaragua.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria.

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

Impulsa las actividades Productoras de riqueza

EL PLAN PESQUERO NACIONAL

No solamente beneficia al público consumidor, sino que significa un positivo estímulo para un sector importante de la industria costarricense. El Plan ha beneficiado a los consumidores garantizándoles pescado de primera a precios sumamente ventajosos; a los empresarios nacionales dedicados a la pesca les ha garantizado precios justos de compra y mercado seguro para el fruto de sus esfuerzos. El Plan Pesquero Nacional es una realidad que beneficia a los costarricenses, y es un gran esfuerzo conjunto del Consejo Nacional de Producción, del Ministerio de Agricultura e Industrias y del Sistema Bancario Nacional.

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION ES UNA INSTITUCION
NACIONAL QUE PROTEGE LOS INTERESES DEL
PUEBLO COSTARRICENSE